

LORENA A. FALCÓN

Intercambios



No volverás a ser la de ayer



Contents

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Libros de la autora](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Otras obras publicadas](#)

[Un último conflicto \(extracto\)](#)

INTERCAMBIOS

Lorena A. Falcón

Copyright © 2018 Lorena A. Falcón

Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Cover Design by James, GoOnWrite.com

Otros libros de la autora

Brujas anónimas

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida

Conflictos universales

Libro I - Un último conflicto

Tomos únicos

Aglaya
El talismán del emperador
La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
La hermandad permanente
¿Quieres escribir una novela?
La otra profecía
Todas mis partes
El despertar de las gárgolas
Intercambios

Visita la página de [Lorena A. Falcón](#)



Capítulo I



TERESA SE ACARICIÓ LA PANZA. Todavía no se podía ver nada. Todavía no se podía sentir nada. Pero la sonrisa apareció en su rostro solo con pensarlo. No podía esperar a que llegara su marido del trabajo. Varias veces había intentado llamar a su madre y había colgado. No, no estaba bien que se lo dijera primero a ella, tenía que ser a César, él sin duda estaría emocionado, siempre había querido hijos y en los dos años que llevaban de matrimonio no hablaba de otra cosa.

Ella se había sentido un poco reacia, saber que un hijo la cambiaría, que solo el hecho de llevarlo consigo cambiaría quién era, que ese hijo le quitaría una parte de sí...

«No, no puedo pensar en eso, es así para todo el mundo, estará bien».

Entonces, sintió que su marido abría la puerta y corrió a su encuentro.



EL EMBARAZO FUE UNA EXPERIENCIA que no olvidaría jamás. Antes ya escribía un diario, pero cuando quedó embarazada, no dejó de escribir ni un solo día, incluso escribía varias veces al día. Cada uno de sus sentimientos y pensamientos estaban allí, para que después pudiera volver a ellos cuando quisiera.

Los meses pasaron de manera bastante alegre, la incertidumbre había sido olvidada a las pocas semanas. La única que actuaba con un poco de rareza era su madre, Elena, quien cada tanto se quedaba mirándola con melancolía.

«Es que no puede creer que su hija ya vaya a tener una hija propia», decía César y Teresa aceptó esa explicación.

Sí, sería una niña y su marido esperaba que fuera igual a ella. Y en parte lo sería. Cada nuevo niño intercambiaba células con su madre, le dejaba suyas y

tomaba las de ella. Así que su hija no solo tendría sus cromosomas, sino también el ADN propio de ella y el de su madre que había intercambiado ella en el útero y a la vez el de su tía, que era mayor que su madre, y el de la abuela...

«Uf, ¿es que esa niña acaso sabrá quién es realmente?», pensaba ella con regularidad. Pero el mundo siempre había funcionado así y seguía haciéndolo, no parecía estar dañando a nadie. O nadie parecía notarlo. Aunque era cierto que varias parejas se separaban después de tener un hijo o varios, sobre todo varios. Es que las madres cambiaban después de los hijos, sus personalidades eran otras.

«Pero no será así con mi hija, no cambiaré tanto, ¿no?».

Sin embargo, cada vez que la sentía moverse dentro, se olvidaba de todas sus dudas y solo pensaba en tenerla pronto en sus brazos.

Finalmente, llegó el día del parto y todo salió con normalidad. Ella sostenía en sus brazos a su pequeña niña y no pudo evitar llorar. Había creído que de alegría, pero luego de unos instantes no podía parar y tuvo que pedir que César se llevara al bebé mientras ella se acurrucaba en la cama y lloraba.

Los primeros días no podía evitar que la embargara la tristeza cada vez que veía a su hija. Era como si más que un nacimiento fuera una pérdida. Y además sentía cierto anhelo cada vez que la sostenía en sus brazos.

Cuando volvieron del hospital después de una semana, César estaba constantemente detrás de ella, intentando que recuperara la felicidad.

—¿Por qué no escribes tus diarios? No podías estar más que unas horas sin escribir y ahora hace como una semana que no los tocas.

Teresa frunció el ceño.

—¿Diarios? No sabía que escribía.

Su marido vaciló, con los diarios en la mano.

—Bueno, ¿por qué no pruebas? Tal vez lo recuerdes todo.

Teresa los tomó y esperó a que César saliera de la habitación con su hija. Abrió el primer diario, era de una semana antes de que naciera su bebé. ¿Pero quién era la persona que había escrito esas páginas? Ni siquiera estaba segura de reconocer esa letra como suya.

Después de unas semanas solas con la bebé, cuando ya todos los amigos y familiares habían pasado por su casa para visitarla y saludarla, Teresa creyó que era hora de hablar con su madre. Había algo en todo eso que no terminaba de convencerla y tal vez fuera algo que estaba haciendo mal. Había leído varios de los diarios y, aunque había llegado a reconocer la letra e incluso

recordar los momentos en los que los había escrito, los sentimientos ya no estaban allí. Ahora lo veía todo diferente y ya no tenía deseos de escribir.

Miró a su hija en su cuna, estaba dormida después de haber sido cambiada y de haber comido. La amaba, de eso estaba segura, pero junto con esa sensación tibia en el pecho, también la embargaba una gran tristeza y se encontraba a sí misma buscando algo en el rostro de su hija, algo que no sabía lo que era.

Su madre fue a visitarla una tarde y, después de jugar un rato con la bebé, cuando pudieron ponerla a dormir, se sirvieron un café para ellas, para poder charlar.

—Mamá... —Teresa se detuvo, no sabía bien cómo continuar la oración —, cuando me tuviste a mí..., ¿qué sentiste en realidad?

Elena sonrió con cierta tristeza, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Es normal que te sientas algo perdida. Es como si tu bebé se llevara una parte tuya que no puedes recordar. Pero está bien, lo principal está allí y ahora hay más.

—Pero no me siento como yo misma.

—Eres tú misma, pero un poco diferente.

Teresa tomó un trago de café y se quedó mirando el líquido negro de su taza.

—¿Qué tan diferente? —Levantó la vista—. ¿Puedes notar la diferencia?

Elena se demoró en la respuesta.

—¿Madre?

—Los que en realidad te conocemos lo notamos, sí. Los que apenas tratan contigo cada tanto puede que no.

—Y yo tampoco —murmuró.

—Estás demasiado cerca.

—¿Y César?

Su madre no contestó, pero no hizo falta, Teresa asintió en silencio. Su marido la trataba con cierta distancia, con cierta desconfianza, aunque parecía igual de entusiasmado que siempre con la niña.

Teresa sacudió la cabeza y suspiró. Volvió a dejar en la mesa la taza de café casi llena.

—No lo entiendo, ¿no debería estar feliz?

—¿No lo estás?

—En parte sí, pero...

—No pienses en la otra parte.

—¿Cómo puedo...! —Levantó los brazos, pero los dejó caer de inmediato y miró hacia la cuna. Su hija seguía dormida—. ¿Cómo puedo olvidarlo? —susurró.

—Es más fácil de lo que crees —dijo su madre, sin mirarla de frente—. ¿Acaso no hay nada que antes hacías y que ahora ni siquiera recuerdas y no sientes ganas de hacer?

Teresa esquivó la mirada. Los diarios estaban allí, arriba de la mesa entre los sofás del comedor.

—¿Ves?, es fácil —dijo su madre—, deja de pensar en ello y se irá solo.

—¿Y dejaré de sentirme triste?

—Sí —respondió su madre con cierta vacilación.

«Y dejaré de sentirme enojada?», agregó Teresa para sí misma, pero no se animó a decirlo en voz alta.

De todas formas, intentó aprovechar el consejo de su madre: olvidarlo todo. Seguía siendo ella en esencia, ¿qué importaban unos pocos detalles? Si pasaba más tiempo junto a su hija, se olvidaría de todo lo demás.

«Sí, haré igual que César, haré como si no hubiera pasado nada más que el nacimiento de ella».

Sin embargo, su hija tenía parte de ella, la parte que se había llevado, la que ella buscaba constantemente en su rostro.

«No, no está bien sentirme enojada con ella», se dijo y cerró con fuerza los ojos. Fue solo un instante, pero cuando los abrió, su hija estaba muy roja en el coche de paseo. Se detuvo de inmediato y la tomó en sus brazos. Ardía.

—Hay que llevarte al hospital —dijo a nadie en particular.

Dejó el coche allí y salió corriendo hacia el hospital más cercano. Estaba a varias cuadras de allí y para cuando llegó la bebé ya no lloraba, sino que gemía muy bajo contra su pecho y su frente estaba cada vez más caliente.

—Por favor, no, por favor, no.

Dejaron a la bebé internada allí durante una semana. Una semana en la que ni Teresa ni César se movieron de su lado. Una semana en la cual el diagnóstico cambiaba a cada minuto y ningún médico parecía saber exactamente qué era lo que tenía ni qué era lo que estaba ocurriendo. Una semana en la cual casi no se hablaban entre ellos y solo permanecían con la mirada fija en su hija.

Después de esos días, ya no fue necesario ir al hospital. Esa vez los familiares y amigos no pasaron ni por el hospital ni por su casa; apenas

llamaron y solo dejaron algún que otro mensaje en el contestador, como si buscaran a propósito los momentos en los que ellos no iban a contestar. De todas formas, no importaba mucho, no había mucho que decir. Ella se había ido antes del año.

Los médicos se encogían de hombros.

—Los bebés a veces se enferman —decían.

«Sí, pero *a veces* es para los demás, no para nosotros», pensaba Teresa cada vez que se quedaba mirándolos en silencio hasta que estos se removían incómodos.

Pero peor fue lo que pasó con César. Después de unas semanas de tristeza en las cuales ninguno podía sostenerse en el otro, él se volvió hacia ella con una sonrisa. Sus ojos se movían de un lado a otro, recorrían el rostro de ella como buscando algo.

Ella apretó los labios. Sabía exactamente lo que buscaba. Pero no estaba allí de la forma que él creía, de la forma que él quería. No, la parte de su hija que estaba allí estaba enterrada en lo profundo, mezclada con la suya, ocupando la parte que su hija se había llevado y que ahora se había ido para siempre. Nadie podía entender el dolor de Teresa, porque no solo había perdido a su hija sino a ella misma, más allá de lo que cualquiera podía sospechar. Pero ser para su marido la pérdida recuperada era demasiado. No podía siquiera ser ella misma, ¿cómo podía ser su hija?

No, no lo sería. No había pedido esto y ahora ni siquiera tenía un bebé que le diera la parte de felicidad que opacara la tristeza. No podía ni siquiera ver lo que había dejado en su hija. Había desaparecido con ella y ya nunca lo recuperaría. ¿Cómo era posible que nadie hablara de este problema?



Capítulo II



LOS PRIMEROS DÍAS, intentó quitarse a César de encima con excusas vagas. Luego ya sencillamente lo evadía cada vez que él se acercaba a ella. Ya no lo hacía como esposo, sino que siempre estaba buscando a esa hija perdida. ¿Es que ya nunca la veía a ella, a Teresa? ¿Cuándo exactamente se había resignado a perder a su esposa? Tal vez había sido hacía mucho tiempo y ella no lo había notado.

«Sí, lo había hecho, pero era lo que había que hacer, era lo que había que esperar, lo que había que aceptar. Lo que las demás mujeres aceptaban».

Ella regaló todas las cosas que habían sido de su hija, las pocas ropas que había podido usar, los juguetes con los que nunca había podido jugar.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —rugió César.

—Ella ya no está, ¿qué sentido tiene quedárnoslos?

—Su recuerdo...

—No creo que necesitemos cosas materiales para mantener su recuerdo.

César volvió el rostro anhelante hacia ella y Teresa no pudo sostenerle la mirada. Tuvo que alejarse de allí.

¿A quién buscaba cuando la miraba así? No era a ella, ni siquiera era a su antigua ella, la que era antes de que naciera su hija, la que era cuando se casaron. No, a la que buscaba era a su hija, a la parte de su hija que ella había retenido. ¿Qué era lo que creía? ¿Que se mantenía intacta dentro de ella? Justamente ese era el problema, que no era algo separado, sino que estaba trezado dentro de su propia existencia y ya no podía separarlo, ni siquiera podía distinguirlo.

No iba a dejar salir esa parte, no para él. Comenzó a alejarse sutilmente de su esposo, no soportaba su dolor, porque intentaba aferrarse al de ella, como si ella ya no estuviera sufriendo lo suficiente por sí misma.

Cada día que pasaba, tenían menos para decirse el uno al otro, era como si el hueco que había formado el bebé entre ellos para hacerse un lugar ya nunca

más podría llenarse con nada. Él mantenía todas las fotos que tenía de ella, así como la poca ropa que Teresa no había tirado. Ella quería pintar toda la habitación, sencillamente no quería volver a ver eso, no quería recordar lo que había perdido, no lo necesitaba, lo sentía dentro de ella todo el tiempo.

—No pintaremos la habitación —dijo César y se cruzó de brazos.

—No tiene sentido mantenerla así.

—¿Por qué te empeñas en borrarla de nuestra existencia?

Ella apretó los labios.

«Jamás podrá ser borrada de mi existencia, lo único que no quiero es tener que recordarla todo el tiempo».

Se dio la vuelta y lo dejó en la habitación de la bebé, donde se sentaba en el piso y se mecía durante horas, antes de ir a la cama con ella, a dormir. Se levantaba luego para ir a trabajar.

¡Feliz él que podía salir de la casa! ¿Pero qué podía hacer ella? Ya no pasaba a visitarla ningún familiar, ya no llamaba ningún amigo, ¿cuándo habían dejado de ser importantes por sí mismos?

Ni siquiera había notado cuándo los habían dejado de lado. Pero no permitiría que eso continuara, esa mañana llamó a su madre para que viniera a hacerle compañía. El día era demasiado largo para pasarlo sola en la casa sin nada más que hacer que recordar y mirar alrededor todas las cosas que le gustaría cambiar. Leyó otra vez los diarios que había escrito antes de que naciera su hija, no tenía ganas de seguir esa costumbre, no había vuelto a escribir ninguna palabra.

—¿Qué piensas hacer con la habitación? —preguntó Elena mirándola desde el umbral, como si no se animara a entrar.

Teresa suspiró y se sentó a la mesa, de espaldas al dormitorio. Sostenía una taza de té caliente en las manos.

—César no quiere cambiar nada.

—¿Tendrás otro?

Teresa se dio la vuelta y frunció el ceño. Su madre seguía mirando dentro de la pieza. Luego de unos momentos, fue hacia la mesa y se sentó frente a ella.

—¿Y? —preguntó.

Teresa se encogió de hombros y sopló el té.

—¿No te parece que es demasiado pronto para hablar o pensar en eso?

—Hay que tapar el dolor con algo.

—Creo que a nadie le gustaría nacer solo para tapar el dolor de algo más.

¿No te parece?

Elena sonrió.

—Nadie nace realmente porque sus padres así lo quieren, siempre hay una razón egoísta. —Suspiró y tomó un poco de su té.

Teresa la observó. Se parecían bastante, casi podía ver gestos suyos en su madre. ¿O sería al revés? Acaso gestos de su madre que le había pasado a ella. Nunca se había parado a pensarlo, siempre se daba por hecho que una madre se parecía a su hija, pero ¿hasta dónde? Era esa pregunta la que la estaba volviendo loca.

—¿Alguna vez escribiste diarios?

—No —dijo Elena, inmutable.

Teresa frunció los labios y volvió a soplar el té.

Su madre levantó la vista.

—Esa costumbre es solo tuya, ni mamá ni mi hermana lo hacen.

—Era...

—Puedes retomarla.

—Ya no lo siento así.

Elena se encogió de hombros.

—La gente cambia.

—¿Cuánto?

—¿Quién sabe? ¿A quién le importa?

—¿A ti no? ¿Te acuerdas cómo eras antes de que yo naciera?

Elena lanzó una carcajada.

—No, claro que no, pero a quién le interesa eso, la gente cambia con los años.

—Esto no es lo mismo —negó con la cabeza Teresa—, no es un cambio... —apretó los labios—, no es un cambio que yo eligiera.

—Elegiste tener una hija.

—¡Nadie me contó esto!

—No es ningún secreto, Teresa, todo el mundo sabe del intercambio de genes.

—Sí, pero nunca me dijeron que perdería una parte de mí.

—No la perdiste.

—Soy distinta, mamá, no soy la misma persona.

—Todas cambiamos cuando somos madres.

Teresa negaba con la cabeza.

—Esto no es lo mismo.

—Antes no te importaba...

—¿Ves? Eso es lo que te digo, es exactamente lo que te digo, antes pensaba de manera diferente, había partes de mí que no están ahora —escudriñó el rostro de su madre—, partes de mí que se fueron.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Yo no tengo partes tuyas.

—Sí que las tienes, tienes una parte de mí que quedó... —Se detuvo, eso era exactamente lo que hacía César, lo que odiaba que hiciera César.

Se levantó de la mesa y se escondió en su habitación. No volvió a salir hasta que escuchó que su madre se había ido. Estaba tan enojada que no tenía idea de cómo empezar siquiera a analizar ese sentimiento.

Los días siguientes no fueron mejores. Ahora ni siquiera podía hablar con su madre, no podía ni pensar en ella, cada vez que lo hacía la llenaba de enojo y al rato se preguntaba qué era lo que podía estar allí que le estaba faltando. ¿Sería lo mismo que se había llevado su hija?

«No, no puede ser lo mismo, esto no es matemática. Ella no se llevó lo mismo que se llevó mi madre, pero tal vez..., tal vez una parte esté allí...».

Pero tampoco le gustaba pensar en su hija, cada vez que sus ojos siquiera pasaban por la puerta de su habitación —que gustaba dejar cerrada, aun cuando César estuviera allí—, no podía evitar sentir a su hija. Y la sentía con cada célula de su cuerpo como si una parte de ella se despertara. Eso solo hacía que doliera más y cada vez que lo sentía tenía que correr a su habitación a encerrarse allí.

Necesitaba poder deshacerse de eso. Por eso, un día que César se había ido muy temprano a trabajar y no volvería hasta bastante tarde en la noche, decidió pintar la habitación de la bebé y sacar todos los muebles. Tenía que hacerlo diferente, cambiarlo todo, tenía que encontrar una forma de olvidarla.

Cuando César llegó esa noche, se quedó mudo. Observó la habitación que fuera de su hija durante largos instantes antes de ir a su propio dormitorio y encerrarse allí. Teresa tuvo que dormir en el sofá. Cuando se despertó, él ya se había ido de vuelta. Los días siguientes mantuvo el mismo orden, hasta que un día le habló.

—¿Por qué?

—Porque dolía mucho recordarla todo el tiempo, duele demasiado.

Su marido alzó los ojos llorosos hacia ella.

—A mí me duele no tener con qué recordarla.

Teresa se mordió el labio y desvió la mirada. Si tan solo pudiera intercambiar lo que sentía con su marido.

—Lo siento, yo... —inspiró con fuerza y no pudo evitar un gemido—, solo dolía demasiado.

César asintió en silencio y luego se levantó para ir al trabajo. Se detuvo con las manos en el picaporte.

—¿Y las fotos?

—Guardadas.

Su marido se dio la vuelta con velocidad.

—¿No las destruiste?

Ella volvió a morderse el labio. Lo había pensado, lo había intentado, pero algo había hecho que parara.

—¿Dónde?

—No aquí —suspiró Teresa—, sino en la baulera.

Los ojos de César se encendieron.

—No puedo verlas —murmuró Teresa.

—No las verás —dijo él, con más color en las mejillas—, te lo aseguro. —Titubeó frente a la puerta—. Superaremos esto, ya lo verás, solo necesitamos tiempo.

Esa vez fue el turno de Teresa de asentir. Todavía lo hacía después de que César se hubiera ido. Se quedó sentada a la mesa, sin fuerzas para levantar el desayuno. Sabía que traería las fotos. Tal vez ella no las viera, pero el solo hecho de saber que estaban en la casa, que en algún lugar...

Negó con la cabeza y se puso a limpiar. Tenía que pensar en otra cosa, tenía que sacarse aquello de encima.



Capítulo III



AL FINAL, SE DIO CUENTA de que comenzaba a pensar como su madre. La misma idea que había descartado hacía unas semanas, la que había despreciado, a la que incluso había temido, se había instalado en su mente y no podía quitarla de allí. Simplemente, no podía.

Cada vez que César regresaba tarde en la noche, con ojos rojos y llorosos, llenos de las imágenes de las fotos, cada vez que la miraba con ansiedad y dulzura como si estuviera esperando encontrar algo de su hija en ella, pero, principalmente, por todas las veces que lo había visto sonreír.

«¿Qué, qué es lo que has visto? ¿Era algo de ella? ¿Era algo de mí? ¿Era algo que ella se llevó de mí?».

No saberlo la estaba volviendo loca. Había escondido los diarios porque ya no soportaba verlos. Cada vez que los leía creía que eran de una extraña y después le parecía que estaba exagerando, ella no era tan diferente. Ella no se sentía otra, solo se sentía vacía, despojada, perdida. Pero sus amigos no se comportaban como si hubiera cambiado algo, tampoco sus familiares. Tal vez porque últimamente solo hablaba por teléfono con ellos, y muy poco. Con la que no hablaba era con su madre.

Finalmente, no le quedó más que enfrentar esa idea que su madre le había puesto en la cabeza: tener otro hijo. Uno que se llevara una parte de ella, la que contenía a su hija, un lugar donde trasladar toda su pena. ¿Era eso justo? Hacía días que había dejado de cuestionarse eso, ahora solo se preguntaba qué era lo que podría trasladarle a ese nuevo bebé. Qué perdería en esa oportunidad, qué le daría ese nuevo hijo a ella. Tal vez no lo notara, como había sucedido la primera vez, tal vez no lo notara hasta que alguien le mostrara un diario o algo que antes hacía y después no. Tal vez tampoco César lo notaría.

«No, él si lo hará, pero tendrá un nuevo bebé, ¿eso no será mejor? Él también podrá llenar el vacío que dejó ella. Si traemos nuevas fotos, dejará de

mirar las viejas».

Suspiró. No sabía qué más hacer, la única opción que se le presentaba era esa o vivir eternamente con el recuerdo de la niña, con el recuerdo de la pérdida, con el recuerdo de la parte faltante.

Esa noche esperó con paciencia a que llegara su marido. Sentada en el sofá, en la penumbra de una casa silenciosa. La puerta se abrió con lentitud y ella esperó a que él entrara, que cerrara la puerta (no encendió la luz), que se acercara a la habitación y que vacilara al verla allí.

—Pensé que estarías dormida —susurró él como si fuera necesario mantener bajo el volumen.

—Te estaba esperando.

Él se quedó inmóvil, con el cuerpo tenso, los brazos a los costados. Ella amagó con levantarse, pero luego se quedó allí. Pensó en invitarlo a unirse a ella y después no lo hizo.

—Creo que deberíamos tener otro hijo.

—No —dijo César y volvió a asumir el camino hacia su habitación.

Teresa frunció el ceño, lo vio entrar en el dormitorio y cerrar la puerta, aunque no cerró con llave. Después de unos minutos, se levantó y fue hacia allí. César se estaba quitando la ropa.

—¿Por qué no?

—Porque no será lo mismo.

—No, nada será lo mismo, pero tal vez nos ayude...

—Yo no quiero olvidarla, yo no soy tú.

Teresa dio un paso atrás. César entró al baño, ella esperó hasta que volviera a salir.

—¿Y no pensaste que tal vez esto ayude a que recuperes una parte de ella?

César se puso tenso mientras abría las sábanas para entrar en la cama. Luego siguió con el movimiento como si nadie le hubiera hablado y apagó la luz del velador de su mesa de luz.

—¿Es que ni siquiera quieres considerarlo? —Teresa seguía de pie en una esquina de la habitación, vestida. La luz aún prendida de su lado.

—No sería como ella, nada sería como ella.

—Eso no quiere decir que sea malo, a lo mejor, ¿podrías amarlo también?

—¿Y olvidarla a ella?

—César, ¿por qué para ti todo es blanco o negro? —Teresa suspiró de frustración y comenzó a desvestirse con energía—. No hace falta que la olvides para amar a alguien más, ¿nunca pensaste en eso? ¿Que podrías amar a

dos personas al mismo tiempo?

César se dio la vuelta hacia ella, tenía los ojos abiertos en la penumbra y la luz del velador de Teresa se reflejaba en el blanco de sus ojos.

—Nunca dejé de amarte —murmuró.

—¿A quién? —abrió los brazos—, ¿a esta versión de mí? ¿O a la que conociste antes, cuando nos casamos?

César la miró un minuto más antes de darse la vuelta.

—Lo pensaré —prometió.

«¿Qué cosa?», se preguntó Teresa, pero allí, semi desnuda, no se atrevió a hacer la pregunta en voz alta.

Sin embargo, él no volvió a tocar el tema en los días siguientes y ella estaba cansada de mirarlo con un interrogante en los ojos. ¿Es que acaso estaba equivocada? ¿Estaba tan mal tener un hijo para reemplazar a otro, para olvidar a otro? Su madre estaba de acuerdo, pero tal vez eran demasiado iguales, tal vez lo que necesitara era la opinión de otras personas, pero no sería su familia.

Se decidió por ir al médico, al ginecólogo que la había atendido durante su embarazo. En la sala de espera, se cruzó con otras mujeres, todas esperando, y no pudo evitar tocar su propia panza.

—Recién empiezas, ¿no? —preguntó una que estaba sentada a su lado.

Teresa volvió el rostro.

—No —murmuró—, no estoy embarazada.

El resto del tiempo mantuvo el rostro en otro lado y nadie más intentó charlar con ella. El médico la atendió con bondad, pero con un trato distanciado, como si tuviera miedo de que en cualquier momento se pusiera a llorar. En ningún momento le preguntó por su hija.

—Estaba pensando —comenzó Teresa y se acomodó en el asiento—, se me ocurrió que tal vez..., ¿es muy pronto para tener otro hijo?

El médico suspiró.

—No, no hay ningún problema físico, usted no tiene un impedimento. Sin embargo...

Teresa se quedó mirándolo durante el largo silencio.

—Emocionalmente, tal vez quiera esperar.

—¿A qué?

—A que no sea tan reciente, puede llegar a confundir al nuevo bebé con el anterior, lo que nunca es bueno para los niños, ni para los padres.

Teresa se mordió el labio. Se puso a arreglarse la remera sobre el

pantalón. Era consciente de que el médico la miraba, pero ella no tenía nada más que preguntar.

—Es que yo pensé...

—Lo entiendo —dijo él con suavidad—, quiere llenar el vacío, pero... ¿lo habló con su marido?

Teresa se puso de pie.

—Tengo que irme.

—Espere —el médico la alcanzó en la puerta y le dio una tarjeta—, ¿por qué no las contacta? Son un grupo de madres que pasaron por su situación.

Teresa asintió en silencio y se apresuró a salir de allí.

Cuando regresó a su casa, estaba sola, como siempre ocurría a la mitad de la tarde. Siempre estaba sola, otro vacío por llenar.

Después de darle muchas vueltas, decidió por fin llamar a su madre. Y colgó luego del primer tono. Después colgó al segundo, y al tercero, y cuando su madre contestó. Pero luego llamó otra vez y, cuando su madre contestó, ella se quedó en silencio, aguantando la respiración. Hasta que Elena se cansó y colgó.

Lo intentó una vez más y esa vez gimió en el silencio.

—¿Teresa? —dijo su madre.

Ella dejó escapar la respiración y la línea hizo ruido.

—Hija, ¿eres tú? ¿Por qué no hablas?

Teresa se enredó el cable de teléfono en la mano y se mordió el labio. Dio la vuelta para mirar alrededor de su casa. Vio la puerta de la habitación que había sido de su hija y decididamente le dio la espalda.

—¿Teresa? ¿Qué sucede?

—¿Mamá?

Elena suspiró.

—Sí —dijo con voz más firme—, ¿quieres que vaya?

—Sí —susurró Teresa y colgó.

Se dedicó a pasearse por el comedor hasta que sonó el timbre, media hora después. Su madre estaba vestida de entrecasa, se notaba que no se había tomado el tiempo para cambiarse, habría salido apenas cortó la llamada. Teresa abrió la boca, pero antes de cualquier palabra solo brotó un llanto incontrolable.

Cuando volvió en sí, ella y su madre estaban sentadas en el sofá, ella en los brazos de Elena.

—Ya está, hija, estoy aquí, ya estoy aquí.

Teresa sorbió sus lágrimas e hizo esfuerzos para controlarse.

—Lo siento.

—Está bien —aseguró su madre y se levantó—, no importa. ¿Por qué no hago un poco de té para las dos?

Teresa asintió con la cabeza, otra vez con los labios apretados, parecía que el llanto no había dejado de salir todavía.

Cuando ya estaban más calmadas, Elena la miró fijamente, esperando a que ella diera el primer paso.

—Decidí... —vaciló—, decidí tener otro hijo.

Se apresuró a tomar un trago de té, como si pudiera escudarse detrás de la taza.

Elena no contestó. Teresa levantó la vista, su madre la observaba con un gesto serio, no parecía enojada, no parecía decepcionada, no parecía...

—Está bien —dijo después de unos minutos.

—¿Está bien? —repitió Teresa—. ¿No te importa?

—Es tu decisión.

—Pero ¿tú qué piensas?

Elena sonrió.

—Ya sabes lo que pienso, yo siempre creí que sería una buena idea.

Teresa se removió en el sofá.

—Pero la razón por la que lo hago.

—Por lo que lo haría cualquier madre, para recuperar algo, para olvidar otra cosa —Elena se encogió de hombros—, no debes preocuparte por eso. Yo solo quiero que seas feliz, es lo único que me importa, quisiera que pudieras volver...

—¿A ser quien era?

Elena sonrió con tristeza.

—Eso no es posible, lo sé, pero yo siento —suspiró—, te siento diferente, pero eso no importa, no hace falta que te extrañe, estás aquí y estás aquí. —Se llevó la mano al pecho.

—Pero con el próximo hijo seré diferente.

—Sí.

Teresa pasó el dedo por el borde de la taza. Había allí restos de té de otras visitas, ni siquiera se había dado cuenta. ¿Cuántas historias cabían en esa taza? Saco tras saco de té, bañaban la misma porcelana, todos mezclados... Dejó la taza sobre la mesa.

—Si dejara la parte de ella en este nuevo hijo...

—No, eso tienes que saberlo, se llevará una parte de ti y de ella y dejará algo más, pero no volverás a ser la misma que antes de ella, ni siquiera volverás a ser la misma que al principio más lo que te deje este niño.

—Pero será menos, menos de lo que la extraño ahora, ¿no?

Elena puso su mano sobre la de ella.

—No puedo prometerte nada.

—Tengo que saberlo.

—Entonces, tal vez deberías preguntarle a alguien más.

Se quedaron en el sofá hasta que se fue el sol, nunca antes se había sentido tan cerca de su madre, ¿cómo había podido enojarse antes tanto para distanciarse de ella? ¿Cómo había podido alejarse? Nadie más la entendía como ella, nadie más lo haría.



Capítulo IV



¿ES QUE TODOS PENSABAN COMO CÉSAR? No, no exactamente como él, pero todos pretendían que idolatrara el recuerdo de su hija. Sin embargo, ella solo quería olvidarla, ¿de verdad era una madre tan terrible? No tenía forma de saberlo, había sido madre por tan poco tiempo que no sabía si en realidad conocía lo que se sentía. Solo sabía lo que había en su interior y era una parte de su hija, la sentía como si estuviera viva, como si fuera algo extraño, algo que no era ella, que debía quitarlo de sí.

—Tal vez me estoy volviendo loca —dijo mientras murmuraba y movía entre los dedos la tarjeta que le había dado el médico. Habían pasado solo unos días, pero ya estaba tan ajada como si llevara años con ella encima y manoseándola.

Una tarde, cuando César no estaba allí, se decidió a llamar. La invitaron a una de las reuniones, no pusieron fecha, simplemente le dijeron qué días se reunían y ella quedó en asistir en algún momento.

César no volvió a tocar el tema y ella lo insinuó una sola vez, antes de que él se quedara dormido con sonoros ronquidos. Ronquidos que cesaron cuando ella se dio la vuelta en la cama y le dio la espalda. Todas las noches llegaba tarde, siempre con los ojos rojos y siempre la escudriñaba en el rostro cuando ella no estaba prestando atención. Buscaba algo, algo que ella intentaba no mostrar, aun cuando no tenía idea de lo que era.

Al final, un día se permitió ir a ese grupo, estaba compuesto en su totalidad por mujeres, todas en una edad bastante cercana a la suya. Se sentaban en círculo, en una de las situaciones más incómodas.

«¿Cómo debe uno poner los pies en estos casos? No hay nada de cómodo en esta situación», pensó mientras se acomoda varias veces en la silla.

Solo deseaba que no le pidieran hablar, era solo una observadora, se había dicho una y otra vez. Hasta que la moderadora se volvió hacia ella con una gran sonrisa y Teresa sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—Hoy tenemos una nueva participante —anunció la mujer, algo mayor, y le hizo señas para que hablara.

Teresa amagó con levantarse, pero luego se quedó sentada. Se aclaró la garganta un par de veces. Pero nadie la apresuraba, todas esperaban en silencio a que dijera algo. Y algo tenía que decir.

—Hola, soy Teresa.

—Hola, Teresa —dijeron todas al unísono y ella casi se echó hacia atrás, no creía nunca haber escuchado su nombre dicho por tantas personas a la vez.

—Yo, eh..., perdí a..., a mi hija —bajó la mirada, le temblaba la voz, como si todavía fuera reciente y no hubieran pasado meses—, ella no tenía más que unos meses, fue algo... súbito.

—Lo siento —dijo la mujer que estaba a su lado y puso una mano sobre su muslo. Teresa levantó la vista y notó que todas las demás mujeres la miraban con compasión y lástima. Las odió en ese momento, pero no podía hacer nada, no podía decirles eso.

—Yo... —Intentó continuar, pero no estaba segura de lo que iba a decir, ¿qué podía hacer?

Se calló.

—Está bien —intervino la moderadora—, no tienes que agregar más si no quieres.

Teresa se armó de valor, para eso había ido.

—Yo... estaba pensando en tener..., tener otro..., pero mi marido...

Se dio cuenta de que todas asentían con la cabeza, no hacía falta que completara la frase.

—Sí, es común.

—A mí me pasó.

—Todas pensamos lo mismo.

—Yo incluso lo planeé, hasta que mi familia me hizo entrar en razón.

—No es lo mejor —opinó una y todas las demás se mostraron de acuerdo entre murmullos de variable intensidad.

—Hay que venir al grupo.

—Todavía es demasiado reciente, hay que honrar la vida de tu hija, de la parte que todavía está en tu interior.

—¿Cuántas veces la visitas?

—¿La dejas salir?

—¿La ve tu marido?

Teresa dejó de escuchar, odiaba a esas mujeres, odiaba a esa sociedad que

la hacía recordar. La que se había olvidado de quién era ella antes. No quería más el recuerdo de su hija, ¿acaso no entendían?

De alguna forma, aguantó hasta el final. Entonces, antes de irse, una mujer le dio otra tarjeta, se la presionó contra la palma.

—No todas pensamos igual —dijo por lo bajo—, llámame.

Teresa se alejó de ella después de un gesto de saludo. Cuando estaba lo suficientemente lejos para que ya no la vieran, amagó con tirar la tarjeta, pero se la guardó. No estaba segura de por qué. No había ningún nombre personal ni de grupo, solo un teléfono. ¿Por qué llamaría a un número cualquiera que le diera una extraña?

Sin embargo, había llamado a ese grupo por indicación del médico.

—Pero es diferente —murmuró mientras apretaba el paso—, él me conoce.

Intentó quitarse el tema de la mente, ya tiraría la tarjeta a la basura cuando llegara a su casa. Sin embargo, allí tampoco lo hizo.

Esa vez se demoró todavía más en llamar. Estaba enojada con todos, ya hacía meses que no hablaba con el resto de su familia, solo con su madre, y no tenía más amigas, no tenía idea de dónde habían quedado ni le importaba. Tampoco hablaba con su marido. Dormían juntos en la misma cama todas las noches, desayunaban juntos todas las mañanas, ella le preparaba la comida, le lavaba la ropa, él traía las compras, le dejaba las chequeras, pagaba sus tarjetas. Pero no se hablaban, no hacía falta hablar para nada de lo que hacían, tampoco para vivir, aunque ninguno de ellos parecía vivir desde hacía tiempo.

Teresa notó que César ya no entraba más en la habitación que había sido de su hija, pero que llevaba un bulto en el bolsillo, algo rectangular. Sospechaba que eran algunas fotos.

«¿Es que acaso estaba obsesionado? Entonces, ¿por qué no quería otro hijo, si tanto extrañaba tener uno?».

Aquello la enfurecía incluso más. Uno de esos días, cuando lo vio salir apretando lo que fuera que tenía en el bolsillo, ansioso como un adicto en busca de la próxima dosis, tomó el teléfono antes de que él incluso cerrara la puerta.

—¿Hola? —contestó la voz de una mujer, se oía agitada.

Teresa esperó en silencio.

—¿Hola? ¿Hay alguien allí?

—Sí —tartamudeó Teresa justo antes de que la otra mujer colgara—, yo, eh..., me dieron este número en una reunión...

—Ah, ¿Teresa?

—Sí, yo..., este..., no recuerdo el nombre...

—Soy María, estaba sentada frente a ti, no hablé mucho —se oyó una sonrisa en su voz—, llega un momento en que ya no hay nada que decir.

—¿Hace cuánto?

María dejó pasar un largo silencio.

—Dos años.

—Lo siento.

—Sí, yo también.

Se quedaron en la línea un rato más antes de que María volviera hablar.

—Mira, ¿por qué no nos juntamos a tomar un café? Creo..., creo que tenemos más en común de lo que piensas, pero me gustaría conocerte un poco más. ¿Qué te parece?

Teresa miró alrededor, no había nada en esa casa que fuera urgente, no había ningún lugar a donde tuviera que ir y desde luego no estaba esperando ninguna visita.

—Sí, claro, ¿cuándo puedes?

—¿Qué te parece hoy a la tarde, alrededor de las cuatro y media?

—Sí, no hay problema, ¿dónde nos encontramos?

No era lejos de su casa, más bien medio camino al centro. Teresa no le preguntó si era porque ella vivía por ahí o porque María sabía dónde vivía ella.

«No, no hay forma de que lo sepa, nunca me preguntaron esa información en el grupo».

Se encontraron al horario acordado, hasta que Teresa no la vio, no recordó su aspecto.

Ella no se tomó mucho tiempo para charlar antes de entrar en tema. Parecía que solo había mantenido la suficiente charla para conocer a Teresa e intentar ver si era lo que decía.

—Sé lo que quieres.

Teresa no dijo nada.

María miró alrededor antes de continuar, aunque se inclinó hacia delante, bien cerca de ella, y luego bajó la voz al mínimo, casi un susurro que podría deshacerse con el viento.

—Quieres olvidarla, quieres deshacerte de la parte de ella que todavía llevas dentro.

Teresa se inclinó hacia ella, no podía hablar, solo asentir con la cabeza.

—Es difícil, porque ya está mezclado con tus propios genes, pero hay

ciertos experimentos que se están realizando.

Teresa frunció el ceño.

—¿Quién?

—Mmm, no es ninguna institución oficial.

Teresa se recostó en la silla y suspiró.

—No lo sé, tengo que pensarlo.

«Tengo que hablarlo con alguien más».

—Hazlo y, cuando quieras saber más, me avisas —María miró de un lado a otro—, escogeremos otro lugar para charlar y te podré dar más detalles.

—¿Por qué no ahora?

—Porque tengo que estar segura de que no le dirás a nadie. —Ladeó la cabeza—. Además, no pareces convencida.

«Si tan solo pudiera hablar con..., pero solo tengo a mi madre».

—Estoy convencida de lo que quiero —inspiró—, no tengo fe en los experimentos.

María asintió.

—Entiendo. ¿Por qué no buscas algo de información en la red? Nada específico y no lo hagas desde tu casa, pero así te podrás formar una idea. Somos muchos.

Sin más, se levantó de la mesa, dejando el dinero que cubría la cuenta de las dos.

Teresa se quedó un poco más allí antes de regresar a su casa. De todas formas, no la esperaba nadie, ni tenía nada que hacer.

Ni siquiera era que no podía hablar con su marido, César ya casi no iba a la casa, excepto para dormir, lo cual hacía cuando ya era demasiado tarde para ella, y se iba cuando todavía era demasiado temprano. Tampoco se quedaba los fines de semana, siempre tenía que trabajar más o salir con alguien o... huir de alguna otra manera.

Lo que Teresa no entendía era qué hacía, qué podía encontrar fuera que no hubiera en la casa. Si lo que quería recordar era a su hija, ¿no sería más lógico que pasara más tiempo donde ella había vivido?

—A lo mejor por fin está listo para olvidarla, por eso no quiere verme —murmuró.

Dejó el café y regresó a su casa algo esperanzada. Tal vez todavía no tenía que recurrir a la opción que le daba María.

Esa noche esperó a César hasta la hora que él llegó, empezada la madrugada. Él pareció sorprenderse cuando la encontró despierta, pero solo

vaciló un segundo en la puerta antes de cerrarla y dirigirse directamente hacia la habitación. Teresa se apresuró a levantarse y llegar hasta él.

—¿Ya estás listo?

César solo se paró un segundo mientras se desvestía.

—César.

Él cerró los ojos.

—No quiero olvidarla, no puedo.

—¿Entonces a dónde vas? ¿Por qué no quieres pasar tiempo acá? —Lo agarró del brazo y lo obligó a volverse hacia ella—. ¿Por qué no quieres mirarme?

—Es difícil —suspiró—, ¿es que no entiendes lo duro que es?

—¡Claro que lo entiendo! ¿Crees que no lo sé? Yo soy la que más sufro...

—No creo que esto sea una competencia.

—No es eso lo que quise decir, sino que yo... todavía la llevo dentro.

—Pero quieres deshacerte de ella.

—No —dijo, pero vaciló y se alejó hacia su parte de la habitación, también empezó a desvestirse—, lo que quiero es... recuperar lo que fui.

—Todos cambiamos con el tiempo, Teresa, ¿por qué te obsesionas con eso?

—Porque no es lo mismo, no es solo el tiempo, ella se llevó algo, ¡se llevó algo de mí!

—¿Es eso? ¿Estás enojada con ella? —César dijo incrédulo—. No lo puedo creer, ¿cómo puedes estar tú enojada con ella? No te hizo nada.

—No lo entenderías.

—No, no lo hago. —Suspiró—. No tenemos más que hablar sobre eso. Solo quiero... encontrar la forma de seguir adelante.

—¿Cómo? ¿Así? ¿Sin venir ni estar aquí en todo el día?

—No lo sé, Teresa, solo lo estoy intentando. No sé lo que hago.

—Yo tampoco.

Se quedaron mirando unos segundos más antes de que siguieran desvistiéndose y se metieran en la cama. De espaldas uno con el otro. No volvieron a hablar en los días siguientes.

Teresa no podía dejar de dar vueltas en la casa. Siempre revisando el número de aquella mujer. ¿Podría intentar aquello? Ni siquiera sabía a qué se refería ese experimento y no se animaba a buscar, pero no estaba tan desesperada, no todavía, ¿o sí?

—No —murmuró—, todavía hay una opción natural, solo tengo que

convencer a César o tal vez... engañarlo.

No pudo evitar el ataque de risa que la llenó. ¿Cómo podría engañarlo si ni siquiera lograba que la tocara? ¿Cuántas semanas hacía ya? ¿O acaso ya eran meses? No estaba segura. No sabía quién era ella ni qué quería ni cómo resolver los temas con su marido. Solo sabía que tenía que salir de esa situación.

Levantó el teléfono para llamar a su madre, era la única con la que podría hablar. Tenía que pedirle ayuda para encontrar la respuesta. Se guardó el número de teléfono de la mujer, pero lo que iba a intentar primero era tener al bebé, aquel que no solo la liberaría de ella, sino que le permitiría pensar en algo más.

—Y tal vez también le sirva a César —murmuró mientras escuchaba el tono.



Capítulo V



LA CONVERSACIÓN CON SU MADRE no le aclaró nada. Tal vez porque durante todo el tiempo no hacía más que observarla y compararla consigo misma, con la hermana mayor de su madre, su tía, y con los recuerdos que tenía de su abuela. ¿Cuánto había de cada una de ellas en su madre? ¿Cuánto había de ella misma allí?

No era fácil entenderlo, ya no estaba segura de nada. No tenía más deseos de escribir diarios, aunque parecía que antes lo hacía con mucha frecuencia. ¿Pero había sido siempre algo que hacía ella? ¿Quién era ella sin los demás a su lado?

Era más difícil todavía con su hija, porque no la podía ver todos los días, no podía compararla con ella misma, no podía encontrar las diferencias, las que sabía que eran solo ella, solo ella misma. Eso era todo lo que quería: poder diferenciar a ella misma de los demás, ¿era tan difícil? ¿Era tanto pedir?

—¿Alguna vez lo pensaste?

—¿Qué cosa? —Elena se volvió hacia ella, había estado contemplando la pared vacía. Antes solía haber allí un cuadro, pero Teresa los había sacado todos, todavía no sabía por qué.

—¿Quién eres realmente? Es decir, eres tú, pero también la abuela y la tía y quién sabe qué más anda dando vueltas por ahí.

—No es tanto, Teresa, te haces demasiado drama. No es que una parte tan grande de ti pasa a los demás, son apenas algunos genes, algunos vestigios.

—Pero cambia a las personas.

Elena se encogió de hombros y dejó la taza de té sobre la mesa, estaba llena y seguramente ya congelada.

—Las personas siempre cambian.

—No es lo mismo. —Teresa sacudió la cabeza—. Es lo que dice César, pero no es lo mismo, es una invasión, no soy yo la que cambia, son los demás

los que me hacen cambiar, me fuerzan, yo a veces ni siquiera me entero. Al principio, con mi hija, no lo noté.

—Entonces, ¿por qué te preocupas? —Sonrió Elena.

Teresa la miró con el ceño fruncido y luego se levantó, bufó y fue hacia la cocina. Su madre no tardó en seguirla.

—No te enojés.

—Es que te burlas de mí y sabes exactamente a lo que me refiero. Después de un tiempo, te das cuenta, lo notas, lo ves en los ojos de los demás, en las cosas de ti que dejaste dando vueltas y no te importa, lo ves —se dio la vuelta para que su madre no le viera el rostro y murmuró por lo bajo— en los rostros de tus hijos.

Elena le puso una mano sobre la espalda.

—Sí, y siempre estuve agradecida.

—Pero no tuviste otros hijos.

La mano vaciló.

—No, pero ese no es el único motivo. Ser madre es duro, no es algo que se tome a la ligera. Al menos, no para mí.

—Y, sin embargo, quieres que yo lo haga de vuelta.

—No, no lo quiero, es lo que creo que es mejor para ti, creo que serías feliz con un hijo, creo que lo que sufres ahora es más por su falta que por lo que te falta a ti.

—Ese es el problema, que no lo sé, ¿cómo puedo saberlo? ¿Cómo delimito lo que soy de lo que los demás me hicieron ser? Tengo que encontrar una forma de ser solo yo.

—Es imposible. Eres parte de mí y de tu padre y ya en el útero eras parte de todos los que vinieron antes, ¿cómo podrías cambiar eso?

—Pero, aun así, solo lo que unió a papá y a ti es único, el resto..., si pudiera identificarlo, si pudiera separarlo... Solo quiero recordar quién era antes de todo esto.

—Yo lo recuerdo.

Teresa se volvió hacia ella, con la ansiedad que bañaba su rostro.

—¿Y?

—Eras más feliz —suspiró—, más despreocupada, pero todas lo son antes de ser madres. Ahora... solo tienes que darte tiempo.

Teresa volvió a alejarse de ella, aunque sin salir de la cocina.

—Tal vez, pero no puedo evitar lo que siento, lo que me falta, lo que me quitaron, quiero recuperarlo.

—¿Perdiendo más de ti?

—Sacando de en medio lo que no soy yo, así podré verme claramente. ¿No es así como se define uno? Como lo que no es. No creo estar tan loca y no soy la única que lo piensa, es solo que no se puede decir en voz alta. Pero no creo que pueda callarlo. —Suspiró—. Si solo alguien me hubiera dicho esto antes de tenerla...

Se esforzó por no mirar de reojo a su madre, quien no hizo ningún comentario y se levantó para ir a la cocina. Teresa la oyó hacer ruido con tazas, pero no se levantó para ir tras ella, la esperó hasta que regresó a la sala con una bandeja en las manos. Se acomodó frente a ella y comenzó a llenar las tazas.

—César no quiere tener otro hijo.

Elena asintió y terminó de servir el té.

—No me sorprende, todavía es muy pronto.

—¿Y cuánto tengo que esperar? ¿Es que no importa que esté sufriendo?

—Ambos lo están —Elena sonrió con tristeza—, todos lo estamos. Dale un poco de tiempo, aún no hace un año.

Teresa hizo a un lado el té.

—Fui a un grupo de apoyo.

—¿Y qué te pareció?

Teresa negó con la cabeza.

—No es para mí.

Elena asintió.

Su hija la miró durante unos momentos con la cabeza inclinada.

—¿Por eso no tienes amigas? ¿Porque no estás de acuerdo con cómo ellas piensan, con cómo la sociedad cree que debemos pensar?

Elena tomó su té con lentitud antes de responder.

—¿A qué te refieres?

Teresa frunció el ceño.

—A nada. —Recogió su té y lo sopló con furia, casi lo hizo caer de la taza.

Elena suspiró.

—No es bueno hablar de eso en público.

—¿De qué?

Elena la miró con intensidad.

—De olvidar a tus hijos, de separarte de ellos, de... desear que desaparezcan.

Teresa se irguió.

—¡Entonces sabes bien de lo que hablo! No soy la única, hay otras mujeres.

—Claro que las hay, no todo el mundo es igual, pero eso no cambia nada. Las cosas son así en esta sociedad. Espera un poco, todavía estás en período de duelo, luego podrás tener otro niño, pero todavía eso..., eso no te garantiza nada.

Teresa se mordió el labio como si lo estuviera masticando.

Elena esperó con paciencia.

—Conocí a un grupo de mujeres, bueno, solo a una, pero ella me dijo que hay todo un grupo que... ella dice que se están haciendo experimentos...

Se oyó el ruido de la taza contra la mesa.

—No lo harás. —La voz de Elena era dura.

Teresa se echó hacia atrás.

—Ni siquiera sé lo que...

—¡No lo harás! Es una locura, esos experimentos nunca funcionan, lo único que hacen es lastimar a las mujeres.

—¿Cómo sabes eso?

Elena negó con la cabeza.

—A veces olvido lo joven que eres, hay tanto que todavía desconoces.

—¿Me estás llamando ingenua?

Elena sonrió.

—No, solo que todavía eres muy joven —volvió a ponerse seria—, los rumores de experimentos están dando vueltas desde que me embaracé por primera vez.

—Por única vez.

—Sí.

Se hizo un silencio largo, solo cortado por el siseo de las cortinas que se movían sobre las ventanas abiertas.

Teresa abrió la boca sin hacer un sonido.

—No preguntes —dijo Elena.

Y su hija levantó el té. Lo bebió de un trago, aunque todavía estaba caliente.

—De todas formas, no me interesaba el experimento, solo quiero convencer a César de que tengamos otro hijo.

Elena suspiró, tenía la taza en las manos otra vez, pero no hacía amague de tomarla.

—No será fácil.

Teresa sonrió sin alegría.

—Lo sé, ni siquiera me habla, ni siquiera pasa tiempo en casa —suspiró —, ni siquiera sé a dónde va.

—Yo sí.

Teresa se volvió hacia ella, se le cayó la taza y el té se derramó sobre su ropa.

—¿Y a dónde va? —preguntó Teresa, sin preocuparse por el té, que goteaba en el piso de madera.

Elena amagó a limpiarlo, pero su hija le sostuvo la mano y la forzó a mirarla.

—¿A dónde?

—Al jardín a donde la llevaban, a la plaza a donde la llevaban a pasear, a...

—¿Y cómo sabes todo eso?

Elena se zafó de la mano de su hija y se encogió de hombros. Suspiró y se echó hacia atrás en el sofá.

—Lo vi algunas veces.

«Para lo cual tuviste que estar ahí —pensó Teresa— y ¿para qué estabas ahí?».

Pero no lo preguntó, no quería saberlo, no tenía fuerzas para lo que fuera que su madre contestaría. Lo que importaba entonces era convencer a César para que regresara a casa, para que volviera a su esposa y luego convencerlo para que tuvieran otro hijo. Para hacer todo ello requeriría de todas sus fuerzas, de todas sus energías y no tenía ni idea de cómo empezar.

—¿Siempre va a los mismos lugares? —murmuró.

Su madre volvió a suspirar.

—Tiene una rutina bastante sólida.

Teresa se levantó, fue hacia la mesa del teléfono y regresó con una libreta y una birome.

—Anótalo.

Elena solo vaciló un instante antes de obedecer y se fue poco después, alegando algún compromiso urgente que se había olvidado.

Teresa no la miró irse, se quedó con la mirada clavada en la lista que le había anotado. Murmuraba cada uno de los lugares, reconocía la mayoría, pero había algunos que no tenía idea de qué significaban.

Al día siguiente, estaría en la plaza, la misma donde ella había llevado a

su hija a tomar el sol, a mostrarla a los demás. ¿Qué es lo que César haría allí? ¿Imaginarsé a su hija dando vueltas? ¿Acaso miraba las fotos e intentaba regresar a aquel tiempo?

Se llevó las manos a las sienes y las masajeó con fuerza.

—No tiene sentido pensarlo, no hay ninguna lógica, solo tengo que encontrarlo allí y lograr que vuelva a confiar en mí.

Esa noche no lo esperó despierta, sino que se fue a dormir después de cenar. Ya ni siquiera le dejaba la cena preparada, en un principio lo había hecho, pero él nunca la comía, así que dejó de preocuparse. Al día siguiente, después de terminar con las tareas de la casa (de las cuales cada vez hacía menos), fue hacia la plaza y se ubicó en una esquina bastante lejana, no quería que él la viera primero.

César llegó a la tarde, poco antes de que terminara su horario laboral.

—¿Es que está saliendo antes incluso? Arriesgas tu trabajo por algo que ya no existe... ¿y ni aun así quieres reemplazarlo? —murmuró mientras lo observaba caminar hasta un asiento y quedarse allí solo.

César se quedó sentado erguido un largo momento, mirando alrededor, y luego sacó las fotos que llevaba en el bolsillo. Las pasaba una a una con una lentitud lastimosa. Teresa estuvo a punto de irse, pero no podía hacerlo, no podía hacerlo si quería recuperar su matrimonio, si quería lograr tener ese otro hijo.

Se acercó con sigilo a su marido y se sentó a su lado. Este elevó la vista y se vio sorprendido durante unos minutos, estuvo a punto de levantarse, pero se quedó sentado. Teresa le puso la mano sobre el brazo y lo miró a los ojos. La tez de él recobró su color blancuzco.

—No quiero que nos perdamos —dijo Teresa y el cuerpo de César se relajó. Se quedaron allí un par de horas más y luego regresaron a la casa.

Durante los siguientes días, Teresa lo acompañó a esos lugares, pero no a todos, no siempre, quería que él también tuviera su tiempo. Quería que fuera él quien la invitara. Una de esas noches, al regresar de los recuerdos, se besaron otra vez. Casi le pareció estar besando a un extraño, pero apartó esos pensamientos, no podía echarse atrás ahora que estaba tan cerca. Ya estaban a medio desvestirse cuando César la alejó de él y buscó un preservativo.

—No es necesario —susurró ella.

Él vaciló.

—¿La píldora?

Teresa le contestó con un beso y él volvió a alejarla, esa vez con un

empujón más firme, y la mantuvo a cierta distancia.

—No, ya sabes que no quiero eso.

—¿Por qué me alejas?

—No me quieres a mí, quieres a un hijo.

—Quiero ambas cosas. ¿Por qué está mal?

Él negó con la cabeza, retrocedió aún con los brazos extendidos, como si tuviera miedo de que ella saltara sobre él, y salió de la habitación. Teresa golpeó la puerta y la cerró con llave. Él no intentó volver a entrar.

«Así no lo lograré», pensó mientras se quedaba dormida entre lágrimas.



Capítulo VI



A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando salió de la habitación, él ya se había ido. Suponía que con la misma ropa, porque nunca había entrado a cambiarse, la puerta seguía cerrada con llave cuando se levantó. Por lo que vio en la cocina, tampoco se había hecho el desayuno. ¿A qué hora se habría ido? A lo mejor ni siquiera había pasado la noche allí.

Aquel pensamiento la inmovilizó durante un momento.

«No, no, él siempre regresa, en algún momento u otro, regresa».

Sin embargo, todavía no estaba tranquila, así que lo llamó a la oficina, pero no logró comunicarse y no le contestaba su número personal tampoco. Se fijó en la lista que había hecho su madre con los lugares a los que solía asistir y fue a buscarlo allí. Los recorrería todos si fuera necesario.

Lo encontró en un pequeño café de barrio y no tenía ni idea de cómo cuadraba aquel lugar con los recuerdos de su hija, pero allí estaba él, sentado en una de las mesas contra la ventana. Su marido no la vio acercarse y se sobresaltó cuando ella se sentó frente a él.

—Te fuiste sin despedirte.

César no contestó. Revolvía con calma el café que tenía delante. Teresa notó que tenía tan poca espuma que probablemente llevaba tiempo revolviendo.

—Ni siquiera desayunaste.

—Lo hice después.

—¿Cómo vamos a arreglar esto si nunca estás en casa?

—No lo vamos a arreglar si intentas engañarme.

Teresa apretó los labios y pestañeó con fuerza. Él ni siquiera la miraba, solo mantenía los ojos fijos en ese maldito café.

—Yo no intento engañarte, solo quiero a mi marido, quiero lo que teníamos antes. —Estiró el brazo hacia él, pero no llegó a tocarlo al notar cómo se puso en tensión.

—Y también quieres otro hijo.

—¿Qué hay de malo con eso?

—La razón por la cual lo quieres —levantó la mirada— es para olvidarte de nuestra hija. ¿Cómo puedes querer olvidarte de ella?

—Ella ya no está, tienes que aceptarlo.

César se quedó mirándola con fijeza, Teresa no supo si lo que había en su mirada era compasión, desprecio o tristeza o tal vez una mezcla de todo ello.

—Ella existió, estuvo aquí, no me parece mal recordarla.

—No quieres dejarla ir, no aceptas que ya no está —Teresa se cruzó de brazos—, creo que eres tú el que está enfermo, eres tú el que tendría que visitar un grupo de apoyo.

César frunció el ceño.

—¿Un grupo de apoyo? —Sonaba incrédulo—. ¿Tú fuiste a un grupo de apoyo?

—Eso no importa —dijo Teresa e hizo grandes aspavientos con los brazos.

—¿Cuándo?

—No importa, estás desviando la conversación. ¿Aceptas que no estás dejándola ir? En algún punto, tienes que continuar con la vida y reconocer que ella se fue, que ya no está. —Teresa remarcó cada una de esas últimas palabras.

—Pero sí lo está —murmuró César con voz dulce y puso los dedos debajo del mentón para elevar su rostro, él era varios centímetros más alto que ella, pero allí sentados estaban a la misma altura—, todavía la veo en ti, ella está aquí. Y no quiero que se vaya, no quiero perderla de nuevo.

—¿Y qué hay de mí? —Teresa susurró mientras sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Qué hay de ti?

—¿No extrañas a la que era antes, cuando nos casamos?

—No.

Teresa se echó hacia atrás y estudió el rostro de su marido.

—Mientes. Apenas salí del hospital, me mostraste los diarios y te extrañó que no los recordara, que no me interesaran, querías que lo volviera a intentar. —Se inclinó hacia delante—. Querías que volviera a ser como antes.

—Eso fue solo un momento, entonces no lo sabía, no entendía la conexión entre tú y mi hija, nuestra hija. No cambiaría nada, no quiero cambiar nada. ¿Por qué no podemos dejar las cosas como están?

—Porque yo no soy feliz —apretó los labios y miró a través de la ventana

—, hubo un tiempo cuando eso te importaba.

Él no contestó. Solo se oía el constante repiquetear de la cuchara contra los bordes de la taza de café.

Después de unos momentos, Teresa dejó caer los hombros hacia delante, se alejó de él como si quisiera replegarse contra la silla y se colocó de costado. Él miró a su vez hacia el horizonte por sobre tu cabeza.

—Hay otras formas de ser feliz.

Teresa negó con la cabeza, se puso de pie y se alejó de él.

—No para mí —murmuró, aunque ya estuviera muy lejos de su marido para que él la escuchara.

César no fue a dormir a casa esa noche, ni la siguiente. Teresa no lo buscó, era obvio que no la ayudaría, tendría que tener a su hijo por su cuenta.

¿Podría al menos confiar en su madre? Hacía tiempo que no hablaba con ella y todavía mucho más desde la última vez que se viera con el resto de su familia. Había perdido el contacto cuando había perdido a su hija, como si todos se alejaran de ella para no contagiarse del dolor. Pero, poco a poco, regresaron con preguntas, con muestras de apoyo. O tal vez solo querían chismear sobre la ida de César. ¿A dónde se había ido? ¿Cuándo volvería? ¿Se habían separado? ¿Se divorciarían? Eso era muy común en parejas que perdían a sus hijos.

Teresa tenía ganas de reírse. No era justamente perderlo lo que los había separado, sino la idea de tener otro hijo, eso era por lo que habían peleado, esa era la razón por la que no estuvieran de acuerdo. No se había molestado en encontrar a César y ya se estaba cansando de tener alrededor a su familia, sobre todo a su tía. Al igual que su marido, todos buscaban rastros de su hija en ella. Cada tanto había un comentario sobre cómo se parecían o cómo Teresa había cambiado desde que ella naciera o cómo era antes. Cada vez que los oía, Teresa se tensaba y tenía ganas de echarlos de su casa y no volver a verlos nunca más.

—¿Por qué cambiaste su pieza? —preguntó su tía con la mirada perdida en la habitación de la niña.

«¿Y qué más iba a hacer? ¿Mantenerla allí como un templo, durante cuántos años?».

—Porque era más doloroso recordarla —dijo Teresa con un amague de sonrisa y su tía asintió, compasiva, aunque después vio que intercambiaba una mirada con una de sus primas.

No estaban de acuerdo con ella, nadie lo estaba. Se esperaba que ella no

continuara con su vida, que se quedara para siempre en la edad de su hija cuando se fue. ¿Haciendo exactamente qué? Viviendo la vida que ella no había vivido.

En su furia, tiró la bandeja que estaba en la mesa entre los sofás, las tazas repiquetearon por el piso y lo que quedaba de café se derramó por los pies de las personas alrededor.

—¿Estás bien, querida? —Sintió la mano caliente y húmeda de su tía sobre su espalda.

—Sí, sí —Teresa se agachó a recoger el desastre—, pero creo que necesito descansar.

Lo dijo con voz tirante y no se dio vuelta para mirar a ninguno de los familiares que en ese momento inundaban su casa. Escuchó el silencio a sus espaldas, casi sintió las miradas que intercambiaban unos con otros. Pero no le importó, lo único que necesitaba en ese momento era que se fueran, quería que la dejaran sola.

No quería ver a su tía, que se parecía tanto a su madre, ni tampoco a dos de sus primas que eran tan parecidas a su tía, o a sus tíos que se parecían a su madre y a su tía y en cierta forma a ella misma. Era como ver un espejo distorsionado por todos lados. No necesitaba ese recordatorio constante de que todos compartían genes, de que todos se veían en ella y a la vez veían claramente lo que no era ellos, lo que había quedado perdido, su hija. Como el eslabón perdido de la humanidad.

Se le escapó una carcajada.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar su tía y se acercó a ella, ya casi estaban todos en la puerta.

—Sí —asintió Teresa y se tapó la boca mientras le daba la espalda, no podía contener cómo se movían sus hombros y no se dio la vuelta hasta que escuchó la puerta cerrarse. Entonces se rio como no lo había hecho en días.

Estaba sola en su casa, con un desastre a su alrededor, y no podía dejar de reírse.

Más calmada a la noche, la idea regresó a su mente. Después de todo, la solución era simple: tener un hijo por su cuenta. No podía ser tan difícil, en realidad, ella era la más indicada para hacerlo, ¿no? Sería complicado para un hombre por su cuenta, pero no para ella, no, solo tenía que encontrar un donante.

«¿Qué tan difícil puede ser?».

A la mañana siguiente, se sirvió el desayuno y se acomodó frente a la

computadora. Revisó las agencias de donantes de la zona, todo parecía muy profesional, muy higiénico y muy extraño. ¿Cómo se presentaba una en una de esas instituciones y sencillamente pedía a los demás que le dieran una parte de sí? Una que quedaría para siempre con ella. ¿Qué pasaría si ese hombre quisiera conocer al bebé? ¿Qué pasaría si ella luego no quisiera al bebé porque se parecía demasiado a su padre? ¿Y querría ella conocer a su padre?

Sacudió la cabeza y cerró la página donde estaba viendo las diferentes clínicas. Había anotado las direcciones en un papel y ahora lo observaba marchito en la mesa, al lado del teclado. Ahora que lo veía, no quería visitarlas, no quería tener que preguntar para que le dieran un donante, no quería tener que explicar su situación ni por qué quería tener un niño. ¿Le preguntarían por su marido? ¿Por qué él no estaba allí?

Teresa miró alrededor. Todavía seguía sola en la casa. César no había vuelto a pasar por allí, ni siquiera para buscar un poco de ropa. ¿Qué estaría haciendo? ¿Se habría comprado ropa nueva? ¿Tal vez hubiera otra mujer?

Teresa rio, como llevaba haciéndolo mucho desde el día anterior, pero era una risa que carecía de alegría y parecía más bien un reflejo histérico. ¿Otra mujer? Claro, la única otra mujer en la vida de su marido era un fantasma, un fantasma de unos centímetros de largo que siempre estaría allí.



Capítulo VII



TERESA SACUDIÓ LA CABEZA y volvió a centrarse en la lista de instituciones de la zona. Había tres. No sería difícil visitarlas todas en un solo día. Tal vez eso era lo que tenía que hacer. Tenía que ir a aquellos lugares, verlos en su forma física, real, no en un par de fotos. Tenía que cruzarse con las otras mujeres que iban allí y tratar de entender si ella encajaba en ese grupo. Ese pensamiento la condujo al otro papel arrugado que siempre llevaba encima con el número de teléfono de María, en el grupo de ella sí encajaba, en parte al menos. Había vuelto a pensar muchas veces en los experimentos, incluso había tecleado las palabras en el buscador, pero no se había animado a dar *enter*, no quería conocer más, ese no era su camino. Sin embargo, seguía sin tirar el número de María.

—No lograré nada sentada aquí —dijo y se puso de pie. Tomó el papel con la lista de instituciones y se decidió a visitarlas.

Regresó tarde en la noche. Traía folletos de cada una de las clínicas que había visitado.

En una de ellas, incluso le habían dejado mirar el libro de donantes, pero a ella no le había gustado ninguno ¿Cómo podía decidirse solo con una foto y algunos datos aleatorios? Había videos también, le habían dicho, pero no quiso verlos. Ya no estaba segura de la idea. Entonces, volvió a mirar el número de teléfono del grupo de mujeres. Y decidió llamar a María, no perdía nada con conocer su versión o tal vez incluso pudieran ayudarla con un donante.

Apenas colgó con ella, sintió ruido de llaves y se quedó mirando a su puerta. Pero era la del vecino. ¿Cuánto tiempo hacía ya que no sabía nada de César? ¿Se habría rendido demasiado pronto?

«A lo mejor me estuvo esperando..., a lo mejor todavía lo hace».

Decidió irse a acostar e intentar dormir. Se levantaría temprano al día siguiente. Si ya estaba intentando tantas cosas, ¿por qué no una más?

A la mañana siguiente, se concentró en vestirse sin pensar en nada más. No debía tener segundos pensamientos ni dudas. Echó un vistazo a los folletos que seguían junto al teléfono, ninguna luz indicaba que hubiera mensajes en el contestador.

Salió a la calle.

Aunque buscó a César a conciencia, no logró encontrarlo en ninguno de los lugares donde solía ir para recordar a su hija y no se animó a buscarlo en el trabajo. Al final, se dio por vencida y volvió a su casa, esperaría un poco más, en algún momento tendría que saber algo de él. Alguien le hablaría, lo habría visto por ahí. ¿Tal vez su madre? ¿O alguno de sus familiares? No había hablado con ninguno de ellos desde la última vez que los había visto en su casa, donde huyeron mientras ella reía como una loca.

Vaciló frente al teléfono y llamó a su tía. La voz se oyó fría y la conversación terminó más rápido de lo que había empezado. Teresa se quedó un largo minuto con el tono del teléfono al oído hasta que se decidió a cortar. Entonces llamó a una de sus primas, pero esta se excusó con que estaba muy ocupada.

Esa vez colgó y dejó pasar unos momentos más, antes de llamar a su madre. Ella siempre le contestaba como si nada hubiera pasado, no importaba lo que hubiera sucedido entre ambas antes, siempre había sido así, incluso desde que ella era niña.

—¿Hola?

—¿Ma? Soy yo.

—Ah, hola, hija, ¿cómo estás?

—Bien.

El silencio se expandió con un leve sonido de estática detrás.

—Tu tía me dijo que te fue a visitar hace unos días y que estabas un poco rara.

Teresa sonrió, pero no había forma de explicarlo, ¿qué podía decirle?

—Sí, un poco... Creo que se ofendió.

—Se le pasará.

—No lo sé, recién hablé con ella y con mi prima, pero parece... No lo sé, no estoy segura, ¿a ti te dijeron algo más?

Elena calló.

—¡Claro que te lo dijeron! Es por la habitación, ¿no? Porque no mantuve la habitación de mi hija intacta, porque no la mantuve hasta el fin de los tiempos... ¿Para qué? Realmente, ¿para qué? Nadie deja vacías las casas

desocupadas de los que se van, ¿acaso no se mudan otras familias? ¿Acaso no continúa la vida? ¿Por qué tanto lío por una habitación?

—Es más que eso, Teresa, ellos tienen una forma de pensar..., mmm, digamos que están muy influenciados por lo que la sociedad espera que uno haga o sienta —suspiró—, no sé por qué saliste tan diferente.

Teresa sonrió.

—Tal vez porque tú también lo eres.

—Tal vez un poco, puede ser. De todas formas, tienes que darles tiempo, ya lo olvidarán, no te preocupes.

—Tengo que darles tiempo —murmuró Teresa—, tengo que darles tiempo a ellos, tengo que darle tiempo a César... ¿y mientras qué hago yo?

—También te das tiempo a ti misma.

Teresa resopló.

—¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo antes de que pueda seguir con mi vida?

—¿Por qué estás tan apurada?

—Es que siento que no estoy en ningún lado, no voy a ningún lado. Mamá, ¿qué estoy haciendo? Hace unos meses, tenía un marido, una familia, y ahora solo doy vueltas en esta casa vacía esperando, esperando ¿qué? Tengo que hacer algo.

—¿Fuiste a las clínicas?

—Sí —se desinfló Teresa—, no me gustó ninguna.

Se escuchó un ruido de Elena del otro lado y Teresa supo que se estaba mordiendo el labio. Tal vez fuera a decirle que le diera más tiempo a aquella idea.

—¿Sabes algo de César?

—No.

Teresa esperó, pero su madre no agregó nada más.

—Puedes decirme.

Elena vaciló un poco más.

—Vino a verme, está preocupado por ti.

—¿Por mí?

—Sí, cree que no estás tomando bien esta situación.

—¿Yo? ¡Él se fue, mamá! Me abandonó, hace días, semanas, que no pasa por casa, ni llama, no habla conmigo. ¿Sabes cuánto hace que no le importo? No me pregunta jamás cómo estoy, solo se aleja de mí. Se enojó porque quiero tener otro hijo, ¿qué tiene de malo eso?

—Él todavía no terminó el duelo.

—No lo terminará nunca. —Elena no contestó—. De todas formas, ¿qué tiene eso que ver con abandonarme, con dejar de preocuparse por mí?

—Hija...

—Ya sé, ya sé, no puedes comentar nada sobre eso. —Inspiró con fuerza—. ¿Te parece que podrías llamar a la tía? Tal vez tú podrías...

—Sabes que no me llevo tan bien con ella. No, no les diré... Estoy contigo, hija, lo sabes, pero ni ella ni tus primas me importan, ¿por qué te preocupas tanto?

«No lo sé —pensó Teresa después de cortar—. No tengo ni idea de por qué me preocupo tanto, es obvio que nadie se preocupa por mí, ni siquiera mi propio esposo. ¡¿Y eso de ir a visitar a mi mamá cuando conmigo no quiere ni hablar?!».

No podía dejar las cosas así. Al día siguiente, decidió ir al trabajo de César, allí no podría esquivarla. No podía arriesgarse a una escena, ¿o sí? Esperaba que no, pero recurriría a ella si no tenía más opción para que le prestara atención.

No había pasado por la oficina de su marido en casi un año, meses antes de tener a su hija, cuando todavía eran felices, cuando se importaban el uno al otro. Tampoco había ido muchas veces antes, a él ya entonces le gustaba su intimidad y no le agradaba que ella estuviera en cada aspecto de su vida. Pero ¿qué otra opción tenía? No podía encontrarlo por ningún lado, no devolvía sus llamadas y ya no creía que volvería a su casa (menos ahora que sabía que había visitado a su madre). Había dejado todas sus cosas ahí, todas sus ropas, todos sus recuerdos. Eso era lo que menos entendía, ¿no era acaso que se aferraba a sus memorias?

Como había hecho varias veces desde que conociera a César, se equivocó de edificio al entrar. Era un conglomerado de oficinas al que se ingresaba por diferentes puertas y ella siempre terminaba en la que no era. Miró alrededor, ni siquiera había un logo o cartel que indicara de qué oficina se trataba.

—¿Está perdida?

Teresa se dio la vuelta, había allí un hombre alto y moreno, la miraba con curiosidad y parecía un poco más joven que ella.

—Eh, sí, estoy buscando las oficinas del estudio de archi...

El hombre asintió con una sonrisa antes de que ella pudiera terminar.

—Sí, está en el edificio equivocado, es el de al lado, pero creo que hoy están cerradas.

—¿Cómo? ¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros.

—No lo sé, cuando entré esta mañana, había un cartel en Recepción que decía que el edificio de al lado estaría cerrado durante un tiempo, tal vez sean tareas de mantenimiento.

Teresa suspiró y apretó los labios.

—¿Buscaba a alguien?

—Sí, a mi marido —Teresa creyó ver un dejo de decepción en el hombre—, a mi exmarido. —No tenía idea de por qué había dicho eso, pero el hombre volvió a sonreír y ella se sintió más liviana.

«Después de todo, no está tan alejado de la realidad, él me abandonó».

—No importa —agregó Teresa—, ya lo encontraré después.

Sintió cómo los ojos del hombre la seguían hasta que ella caminó al ascensor. Y los sintió incluso cuando las puertas cerraron. No pudo evitar sonreír, así como no pudo evitar regresar allí al día siguiente.

Se dirigió a la oficina donde trabajaba César, pero él había salido a almorzar, así que ella almorzó con aquel hombre moreno que, casualmente, volvió a cruzarse con ella después de unos minutos deambulando por los edificios de oficinas. Al menos tenía algo que hacer, algo mejor que volver a su casa vacía. Así que Teresa siguió visitándolo durante un tiempo, hasta que decidieron ir a la casa de ella.

—A mí me gustaría tener hijos —comentó él mientras estaban acostados en la cama.

Teresa se tapó con las sábanas. ¿Debía decirle que ella ya había tenido?

Lo miró de reojo, él tenía los ojos cerrados.

Se mordió el labio.

«Tal vez esto sea mejor que un donante, por poco».



Capítulo VIII



Y LO HIZO.

No supo nunca si fue adrede, si fue un accidente o si acaso todo aquello fue planeado inconscientemente. Incluso desde que conoció a aquel hombre moreno. Pero a las pocas semanas de salir juntos, cuando ya casi no quedaban rastros del recuerdo de César en su vida, ella le dijo que estaba embarazada. Y él estaba tan feliz. Tan feliz que la hizo sentirse culpable. ¿Acaso estaba loca?

Ya hacía semanas que no lograba hablar con su familia, no realmente, todos estaban siempre bastante ocupados y, aunque su madre decía que no se preocupara, tampoco hacía nada para ayudarla, es más, últimamente tampoco parecía estar disponible. (¿Es que acaso César estaría pasando tiempo con ella?) Tal vez por eso todavía no le había mencionado nada a su madre sobre su nueva pareja. Las únicas conversaciones que habían tenido habían sido rápidas, como si ninguna de las dos quisiera decir algo de más, y no había llegado a contarle de aquel hombre moreno. Quería hacerlo, necesitaba hacerlo antes de que su madre llegara un día a la casa y se lo encontrara. Definitivamente, tendría que hacerlo antes de contarle que estaba embarazada otra vez.

Se acarició el vientre y luego quitó la mano con rapidez. ¿Estaría haciendo lo correcto? Se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo. Por un momento, sintió que le faltaba la respiración. Le llevó varios minutos volver a calmarse. De todas formas, no había manera de echarse atrás, no ahora.

Se sentó frente al teléfono y llamó a su madre. No contestó nadie. Le dejó un mensaje. Y luego otro. Y otro más. Hasta que ya no podía dejar más mensajes. Fue entonces cuando comenzó a llorar, no mucho, pero algo. Sobre todo, dejaba correr las lágrimas por su rostro y a veces creía que, por momentos, las forzaba a salir.

Se frotó la cara con ambas manos.

Germán llegaría dentro de poco y no quería que la encontrara así, ahora casi vivían juntos, aunque a ella no le gustaba que se quedara. La situación con César nunca se había resuelto, él simplemente no había regresado, nunca más, no había intentado contactarla, ni siquiera sabía si le habían hecho llegar su mensaje que había dejado en su trabajo o si le habían dicho que ella lo había visitado. Miró el teléfono de reojo, tal vez debería preguntarle eso a su madre cuando por fin pudieran hablar.

No tenía a nadie con quien conversar, tampoco se comunicaba con su familia, aunque aquello jamás se solucionaría. Las mujeres del grupo de apoyo tampoco la comprenderían y María... A Teresa le pareció que sería la que menos entendería su embarazo, ¿o sí?

Volvió a llevarse las manos al rostro. ¿Qué era lo que estaba haciendo? Se acarició la panza, que todavía no demostraba nada. ¿Estaba loca por tener otro bebé? ¿Por tenerlo con un hombre al que apenas conocía?

Miró el reloj, todavía quedaba más de media hora antes de que Germán llegara, intentó otra vez llamar a su madre, pero el tono no dejaba de sonar y resonar en algún lugar vacío.

—Mamá, mamá —murmuró—, ¿dónde estás? ¿Por qué no me contestas?

Cuando salió la señal para dejar un mensaje, colgó.

Sacó el papel arrugado que siempre llevaba consigo y leyó el número. Germán llegaría en cualquier momento.



TARDÓ UNOS DÍAS en contactar a su madre y le pidió que se vieran de inmediato, no en su casa, ni en la suya, quería estar fuera, lejos de todo lo que la rodeaba. Quería solo cosas ajenas y extrañas a su alrededor. Ya casi tampoco soportaba la compañía de Germán. ¿Es que en realidad se estaba volviendo loca?

Apenas la vio, su madre abrió la boca y luego se la tapó con la mano. Miró a un costado y Teresa la vio tragar saliva, luego la miró de frente e intentó sonreír.

—Hola, mamá.

—Lo hiciste.

—No exactamente.

Esperaron a que la moza tomara su pedido. Estaban en las mesas de la calle, con muchos ruidos alrededor y un montón de gente hablando de sus

propios problemas.

—¿César?

—¿Lo volviste a ver? —preguntó Teresa.

Elena negó con la cabeza.

—Yo tampoco —murmuró—, incluso fui a su trabajo, pero nada, es como si hubiera desaparecido. Ni siquiera pasó por casa a buscar sus cosas. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Sé que no quieres escucharlo...

—Sí, sí, pero *tengo que darle tiempo* no es nada específico. —Suspiró—. ¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo tengo que darle? —luego levantó ambas manos—, déjalo, no importa.

—No, ahora importa que estás esperando otra vez. Entonces..., ¿es de un donante?

Teresa hizo un ruido con la boca.

—¿Otro hombre?

Se encogió de hombros.

—Se llama Germán.

—¿Lo quieres?

Teresa volvió a encogerse de hombros.

Elena se quedó mirando cómo la moza colocaba su pedido sobre la mesa. Se tomó su tiempo para acomodar cada plato, cada taza y acercar el azúcar y poner los vasos con agua. Mientras tanto, madre e hija mantuvieron un silencio estoico.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —preguntó Elena cuando volvieron a quedarse solas.

Teresa comenzó a llorar y ya no se detuvo.

Cuando dejó a su madre, regresó sola a su casa, allí no había nadie esperándola y todo se veía igual que siempre.

En un impulso, llamó a María. Ya se había reunido un par de veces con el grupo de mujeres, aunque nunca había aceptado ser parte de su experimento. No parecía haberles importado que estuviera embarazada, al contrario, algunas parecían entusiastas de poder hacer unas pruebas diferentes. Esta era la primera vez que iba cuando ya se le notaba.

María la recibió con los brazos abiertos.

—¿Te decidiste?

Teresa hizo los labios a un lado.

—Solo quiero volver a ser la que era. ¿Es mucho pedir? —se acarició la

panza—, pero creo que no lo estoy logrando. Estoy cambiando, pero no sé en qué.

Tuvo que contenerse para no volver a llorar. Algunas mujeres la miraron de reojo. En esos pocos días, no dejaban de presionarla, pero ella no estaba segura, sencillamente no estaba segura de nada.

Regresó sola a su casa otra vez. Esa casa en la cual no vivía César y en la que no quería que se quedara Germán.

Esa noche no le tocaba ir. Ella le había pedido algunos días a solas, ya no recordaba con qué excusa. Al él no pareció importarle al principio, pero cuando se le comenzó a notar la panza, Germán comenzó a insistir para mudarse juntos definitivamente.

Teresa se esforzó en mantener la distancia y el embarazo siguió su curso, pero la relación con Germán se transformó en algo tenso, tirante. Él todavía no se quedaba todas las noches y ella ni siquiera quería verlo de día.

Con la única persona que pasaba tiempo era con su madre. Y con María solo de vez en cuando, aunque todavía no se había decidido, no podía mantenerse alejada de ellas, eran las únicas mujeres con las que podía compartir parte de lo que en verdad sentía, las únicas que le hablaban como si su necesidad fuera real e importante.

Ese embarazo era peor que el primero, tal vez porque sabía lo que estaba sucediendo, aun cuando no lo supiera con exactitud, aunque no supiera lo que estaba cambiando en ella, sabía que estaba perdiendo otra parte de sí y todavía no lograba recuperar la que extrañaba. La única ventaja era que ya no estaba tan pendiente del recuerdo de su hija anterior, porque ahora la obsesionaba el que tenía en la panza. No había querido conocer su sexo. Y Germán estaba de acuerdo, él todavía estaba emocionado por todo, incluso le había pedido casamiento (a lo mejor pensó que por eso ella no quería que se mudaran juntos), pero Teresa quiso esperar, esperar a que naciera el bebé, esperar a saber cómo había terminado todo.

Los meses pasaron con una lentitud excesiva, casi como los cálidos días del año que se estiran hasta abarcar semanas enteras. Apenas la familia se enteró de su estado, acudieron a visitarla, supuestamente para enterarse de todos los chismes, para conocer a Germán. Pero después cambiaron y llamaban cada tanto, la gente no suele mantener mucho los rencores cuando hay niños en camino. La llenaron de ropa para chicos y su tía incluso le insinuó que preparara el cuarto. Pero nadie le preguntó por César. ¿Es que había desaparecido de la mente de todo el mundo? ¿Es que no importaba el

padre siempre que hubiera uno?

Teresa no quiso preguntar, ni siquiera a su madre.

Cuando el día al fin llegó, los dolores fueron extremos y tardó horas y horas en dar a luz. Le pareció que pasaron semanas hasta que el médico le puso el bebé en los brazos y le anunció que era una niña.

—¿Niña? —susurró Teresa y frunció el ceño, no levantó los brazos para sostenerla, por lo cual la enfermera la retiró y le dedicó una mirada extraña.

Germán había quedado fuera y solo entró cuando la llevaron a su habitación. Sus ojos estaban relucientes.

—¿La viste? Es hermosa.

«Es igual a la otra», pensó Teresa y comenzó a llorar.

Esa tarde solo la fue a visitar su madre, creyó que iría el resto de la familia, pero los demás solo mandaron saludos. A lo mejor, lo anterior solo había sido un teatro, ¿lo habría preparado su madre para ella? ¿Habría sido espontáneo? Teresa no tenía idea, pero se sentía mejor con saber que no estarían todos allí, presionándola para que abrazara al bebé, para que le diera de comer, para que dijera lo bella que era...

Era difícil sostenerla en brazos, no la quería acariciar, no la quería mirar. Era como verla a *ella* otra vez, podía incluso escuchar su llanto cuando esta bebé no hacía más que dormir.

Germán, por su lado, siempre la tenía en brazos e incluso la ayudaba a darle de comer, pero Teresa no podía siquiera mirarla, mucho menos sostenerla o acariciarla.

Se alegró cuando llegó su madre de visita, todavía más cuando vino en un momento en que no estaba Germán.

—¿Cómo estás?

—No lo sé.

Teresa observó el rostro de su madre, estaba tenso, triste y feliz a la vez.

—¿Qué ves? —preguntó Teresa.

—A mi hija.

—¿En serio?

—Sí.

Teresa dio vuelta la cabeza sobre la almohada. Las lágrimas otra vez llenaban sus ojos. Había algo que necesitaba recordar y no sabía qué, pero estaba triste, le parecía que le faltaba algo, una parte de sí.

—No sé por qué estoy tan triste.

—Es natural, sucede en muchos partos.

—En el anterior no estaba así. —Cuando no oyó la respuesta de su madre, se dio la vuelta—. ¿Lo estaba?

—Un poco —Elena le acarició la frente—, no te preocupes, es normal estar un poco confusa, todo se aclarará en unos días. Vi a tu hija, es hermosa.

—Se parece a ella —hipó— y no puedo dejar de llorar cuando la veo, no la quiero cerca y no sé por qué, ¿qué es lo que me pasa?

—Sssh, hija, solo tienes que descansar un poco, estás agotada.

Teresa estudió el rostro de su madre.

—Nos parecemos, nunca me había dado cuenta de cuánto nos parecemos —sonrió—, casi creo que estoy mirándome en un espejo.

Elena sonrió.

—Claro que nos parecemos, eres mi hija.

Teresa cerró los ojos.

—Ahora descansa —agregó Elena.

Cuando Teresa se despertó, su madre seguía allí, junto a la ventana, mirando hacia afuera, vio que tenía algo en los brazos y no quiso mirar nada más. Cerró los ojos para seguir durmiendo, con el recuerdo del rostro de su madre en la mente.



Capítulo IX



SALIÓ DEL HOSPITAL poco después y fueron a su casa, donde Germán estaba pasando unos días, aunque Teresa le había dicho que no sería para siempre. Esa vez la excusa era que todavía no estaba segura de querer mantener esa casa, tal vez quisiera mudarse. A él no le importó, nunca se quedaba mucho tiempo en un departamento.

Él llevaba a la bebé en los brazos todo el tiempo, totalmente encandilado por su vista, mientras ella se apresuraba a entrar en la casa y dejar el bolso a un lado. Mientras se quejaba de lo cansada que estaba, se fue a su habitación y cerró la puerta. Oyó cómo German acomodaba a su hija en la habitación de al lado, le cantaba por lo bajo, diciéndole lo hermosa que era, lo mucho que se parecía a su madre.

Teresa se llevó la mano a la boca y reprimió un sollozo.

«A mí, esa parte es mía y ella también se la llevó, como la otra».

Se sentó en la cama, sin dejar de prestar atención a lo que ocurría en la habitación de al lado. Estaba atenta a cada ruido, a cada silencio. Oía a Germán cantándole a la niña, pero no la oía a ella. ¿Estaría dormida? ¿O...?

Sacudió la cabeza.

«No, no puedo pensar en eso, no *debo* pensar en eso, está mal».

Se acurrucó en la cama, sobre las colchas y con la ropa puesta, e intentó dormir. En algún momento, dejó de escuchar lo que sucedía en la habitación de al lado.

Los días siguientes, Germán se quedó en la casa (¿cuántos días habían acordado?), en la que había sido de César y suya, pero César ya no estaba más y tampoco la hija que habían tenido juntos ni las partes de ella que habían sido Teresa cuando estaba con César, cuando era la esposa de César y la madre de...

No, tampoco podía pensar en ello.

Se inclinó sobre la cuna. Germán estaba trabajando y ella estaba sola con

la niña, que dormía plácidamente. No se veía en ella como se veía en su madre. ¿Qué sería lo que los demás verían? ¿O tal vez era que la niña la había cambiado a ella, incluso más que la anterior?

Se alejó de la cuna, trataba de tocarla lo menos posible, solo para darle de comer o cambiarla cuando fuera necesario. De todas formas, no le hacía falta el contacto, Germán siempre la tenía en brazos.

Regresó a su habitación y sacó una botella de una caja que tenía escondida. El líquido que había tomado durante semanas antes del parto, que había comenzado a inyectarse unos días antes. El líquido que le habían dado María y las demás mujeres del grupo, el que no había funcionado.

Dejó caer la botella al piso y no se molestó por el derrame. Apoyó la cara sobre sus manos y se puso a llorar.

¿Cómo había salido todo tan mal?

Cuando pudo tranquilizarse un poco, llamó a María y fue a ver al grupo a la mañana siguiente. Solo necesitaba media hora, necesitaba entender, la niña dormiría hasta el mediodía.

El grupo de María otra vez estaba reunido en el sótano de la casa de una de ellas, aunque Teresa no sabía de quién, no las conocía lo suficiente. Nunca le había importado hacerlo, o por lo menos eso recordaba. Dudaba, todavía seguía confusa luego del parto, aún más que con el parto anterior. No estaba segura de cuáles eran sus pensamientos y de cómo había pensado antes. Era como si en su vida anterior fuera una espectadora y alguien más la ejecutara.

Las mujeres se quedaron calladas apenas la vieron, ni siquiera murmuraron entre sí. Solo miraron a María y esta frunció el ceño cuando se acercó a Teresa.

—No te ves bien.

—No me siento bien —dijo Teresa y vaciló al mirar alrededor—, no estoy muy segura de lo que pasó...

—¿Por qué no te sientas?

Teresa le hizo caso y notó cómo todas las miradas confluían en ellas dos. María se sentó frente a ella y la tomó de las manos.

—¿Qué recuerdas?

—Recuerdo los dolores del parto, el bebé estaba próximo a nacer.

—¿Y después?

Teresa cerró los ojos y tragó saliva. Las imágenes eran confusas, por momentos creyó ver el rostro de su primera hija, se superponía con la niña actual.

—Después nació mi hija, pero no era ella, es decir, no se siente como ella.
—Se soltó de las manos de María y las frotó contra sus muslos—. No sé cómo explicarlo, es raro, como si ella fuera una extraña, como si no fuera parte de mí.

Las demás mujeres murmuraron.

—Es el efecto del líquido, debes esperar a que...

—¡No! —Teresa se puso de pie—. No es eso, es más..., ella... se llevó demasiado. Puedo sentirlo, el hueco en mí y esa parte extraña, esa que no soy yo, que no era... Pensé..., pensé que no había cambiado, durante todos esos días que tomaba el líquido pensé que seguía siendo yo misma. Pero ahora me doy cuenta de que no es así. No era la misma de antes del experimento y ahora es peor, porque me siento más perdida, más diferente, no está lo que se llevó la otra ni está lo que tiene esta. ¿Y qué me dejaron? Algo que no soy yo. —Se estiró la ropa como si quisiera despegarla del cuerpo—. ¡No soy yo!

Salió corriendo de allí ante la mirada asombrada de las demás. Nunca más volvió a hablar con ellas, María solo intentó llamarla una vez.

Teresa se alejó de todos. Ninguno de los planes que había hecho había funcionado y no necesitaba ver a los demás para recordarlo.

Tampoco volvió a su casa. Por un momento, por primera vez entendió el dolor de César al tener que regresar a aquel lugar. Ella tampoco quería verlo, no quería estar en su habitación, no quería sentir los ruidos de la habitación de al lado, ni el llanto, ni el gemido, ni siquiera los sonidos de felicidad.

Se quedó en un hotel. Su madre tardó varios días en encontrarla. Le había dicho que Germán estaba como loco. Cuando llegó a la casa y la encontró vacía, con la bebé durmiendo en su cuna, se había vuelto loco. Llamó a toda la familia de ella, a todos los amigos, pero nadie sabía nada, porque hacía semanas que no se hablaban. Y él no podía moverse de allí sin dejar a alguien con la bebé. Así que la había llamado a ella y Elena había accedido a cuidar de su nieta. Pero él no había logrado encontrarla y había decidido que cuidar a su niña era más importante.

—No quiero saberlo —dijo Teresa y volvió a sentarse en la cama. Estaba despeinada y sucia, llevaba la misma ropa hacía días y no parecía haber comido gran cosa.

—Es tu hija.

Teresa negó con la cabeza.

—No sé lo que es, pero no puedo... —se le cortó la voz y tuvo que esperar unos segundos a recuperarla—, no puedo, simplemente no puedo. —

Levantó la vista hacia su madre—. ¿Cómo puedo cuidar de alguien más si no sé quién soy yo? Ya no queda nada de mí que reconozca.

Comenzó a llorar en silencio, sin hacer ni un solo gesto. Las lágrimas simplemente caían de sus ojos al igual que la respiración salía de su nariz, sin esfuerzo y tal vez sin que ni siquiera ella se diera cuenta.

Elena se acercó y se sentó a su lado. Con calma, comenzó a acariciarle la espalda.

—Está bien, hija, no te preocupes, yo me ocuparé de ella.

—No quiero saber nada.

Elena asintió.

—Germán es un buen hombre, no te preocupes, no le faltará nada a la niña, estoy segura. —Miró alrededor—. ¿A dónde irás?

—No puedo volver allí.

—Lo entiendo. Tal vez... deberías vender la casa, estoy segura de que a César tampoco le vendría mal el dinero.

—César... —murmuró Teresa con la vista fija en el suelo. Pero no preguntó por él, notó que casi no le importaba dónde estaba más que por simple curiosidad.

No le importaba nada más que tratar de entender qué haría a continuación y si valía la pena intentarlo.

Durante las semanas siguientes, su madre siguió visitándola, pero Teresa no habló más con Germán ni supo si él había hecho más esfuerzos para contactarla. Solo sabía lo que le había contado su madre y ni siquiera intentó despedirse de él. Elena se había encargado de todo, había puesto en venta la casa y le había adelantado algo de dinero para que pudiera sostenerse. Cuando estuviera el resto, se lo depositaría, menos los gastos que ella había asumido.

Teresa simplemente asintió a todo y firmó todos los papeles que le puso delante. Renunciaba a la casa, a su matrimonio y a su hija, no quería saber nada de ella, ni siquiera el nombre.

Pero cada vez que cerraba los ojos, veía sus rostros, los de ambas niñas, como si fueran una sola. Cada vez que se miraba en el espejo, veía el rostro de sus hijas y el de su madre y su tía y sus primas y...

—¿Quién soy yo? Por favor, solo quiero saber quién soy yo.

Golpeó con frustración la piletta del baño y volvió a la habitación a acostarse.

Al día siguiente, cuando su madre fue a visitarla, no la encontró.

Y volvieron a pasar varios días antes de que la encontrara en otro hotel. Se

veía más o menos igual, pero estaba cada vez más distante. Cada vez que Elena se acercaba a ella, Teresa daba vuelta la cara y comenzaba a llorar. Su madre le había traído algo de su ropa, pero para Teresa era como si fuera ropa de una extraña, no sentía conexión con ninguna. Terminó tirando todo y comprando algo nuevo, y luego volvió a cambiar de hotel.

—¿Hasta cuándo vas a hacer esto, hija? —preguntó Elena con voz cansada. Tenía el rostro algo demacrado. Todavía se encargaba del cuidado de su nieta mientras Germán trabajaba y luego se ocupaba de encontrar a su hija cada vez que desaparecía.

—Hasta que sepa quién soy, quién fui.

—No volverás a ser la que fuiste jamás, tienes que aceptarlo. No hay nada malo con cómo eres ahora.

—¿En serio? —Teresa alzó un rostro demacrado y lleno de ojeras—. Porque a mí no me gusta cómo soy ahora, quiero lo que me falta, lo que me quitaron.

—Entonces vuelve a tomarlo o recréalo. ¿Qué te lo impide?

—Es que no sé qué es, ¿no te das cuenta, madre? No puedo recordarme a mí misma, solo veo a los demás, a lo que los demás dejaron en mí, pero no lo que les dejé yo y... ¿dónde estoy yo? ¿Alguna vez estuve aquí?

Elena tomó ambas manos de su hija entre las suyas.

—Eres la suma de todo.

Teresa negó con la cabeza y tragó saliva.

—No, soy una resta. Se llevan partes de mí.

—Y te dejan otras.

—Lo que dejan no soy yo —sollozó—, no soy yo.

Su madre se quedó hasta que dejó de llorar y se quedó dormida sobre la cama. Se despertó temprano a la mañana siguiente y se miró en el espejo. Cerró los ojos y se apretó la panza con ambas manos.

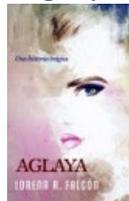
Minutos después, abandonó ese hotel.

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en [Amazon](#).

¿Quieres libros gratis?

Aglaya



Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.

Disponible en [Amazon](#).

El talismán del emperador



El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.

Disponible en [Amazon](#).

¿Quieres leer más?

Al final de este libro, encontrarás una muestra de otra de mis novelas.



Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en [Twitter](#), [Instagram](#) o [Facebook](#). También puedes contactarla [aquí](#).

Agradecimientos

Para mi familia: ¡gracias por soportame! Sobre todo cuando estoy trabajando en mis libros y le gruño a cualquiera que se me acerque.

Otras obras publicadas

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La vida de Micaela es un caos y se siente perdida. En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida. Aunque, ¿está dispuesta a hacer sacrificios? Ya perdió una amiga, ¿qué más puede perder?

Disponible en [Amazon](#).

Todas mis partes



¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Una sociedad obligada clonarse para sobrevivir. Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada. Pero tiene un sueño y, para poder cumplirlo, solo necesita crear un clon... ¿por qué no?

Disponible en [Amazon](#).

La hermandad permanente



Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana nunca se sintió parte de la Hermandad, solo quiere huir de esa magia que la oprime. Con una sola decisión, cambió su destino. Tuvo la fortuna de conocer el amor. Tuvo la desgracia de conocer la verdad. Tendrá que afrontar el cambio que se avecina.

Disponible en [Amazon](#).

El despertar de las gárgolas



Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Mientras su pueblo trata de sobrevivir, Tura encuentra un poder que nadie quiere que tenga. Ella es capaz de despertar a las gárgolas que pueden salvar a su reino y elevarla a ella. Siempre quiso poder, pero ¿alguna vez supo si podría manejarlo?

Disponible en [Amazon](#).

Dejemos la historia clara



Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara, una joven bibliotecaria, encuentra una información que no puede ignorar. Acompañada de un joven que apenas conoce, Clara emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso ella cree.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Continúa la aventura de Micaela. Su vida ya no es la misma, tuvo que abandonarlo casi todo y perdió demasiado. Todo lo que la rodea son preguntas. La principal que deberá enfrentar es: ¿puede aceptar lo que le sucedió?

Disponible en [Amazon](#).

Antifaces



No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

En esta novela nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de todas sus ideas preconcebidas y a confiar en su instinto, a la vez que se reconecta con la naturaleza, la magia que fluye a través de ella y su familia.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La aventura de Micaela comienza cuando una noche, al regresar de la facultad, es atacada por una mujer misteriosa. Ahora está rodeada de brujas, vampiros, hombres lobos y hasta un duende que le ha jurado lealtad. ¡Justo a ella, que no cree en la magia!

Disponible en [Amazon](#).

La torre hundida



Un pasado incierto; una familia perdida.

Criada en un pueblo tranquilo, Lahja no puede ignorar la necesidad de conocer sus orígenes. En contra de los deseos de su abuelo y acompañada de su único amigo, se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en [Amazon](#).

Un último conflicto (extracto)

Capítulo I

—¡Ya es suficiente! —gritó Tamara y cerró su habitación de un portazo.

Las voces se elevaban del otro lado; ella las ignoró mientras llenaba de ropa una mochila desgastada. Después de que metió dentro todo lo que pudo, cerró su *laptop*, la guardó en su bolso y se dispuso a salir. Se volvió hacia la puerta y llegó a poner la mano sobre el picaporte, pero no lo giró.

Las voces se habían detenido.

Tamara se aferró al picaporte y apretó las mandíbulas.

De pronto, comenzaron los golpes.

Tamara soltó el picaporte con un bufido y se dirigió a la ventana. La abrió y miró hacia abajo. Ya había utilizado esa salida antes, muchas veces, aunque nunca iba tan cargada como ahora.

—Tampoco es que tenga muchas opciones —murmuró mientras se trepaba a la ventana con el bolso de la *laptop* rebotando contra su espalda.

El picaporte de su puerta comenzó a temblar cuando ella inició su descenso por la pared, sosteniéndose de una cañería de dudosa firmeza. Se soltó cuando estaba a dos metros del suelo. Recogió la mochila que había arrojado antes y se puso en camino.

La puerta principal de su casa se abrió con fuerza y ella echó a correr.

Nadie la siguió, excepto los gritos y los insultos que hicieron que se descorrieran varias cortinas del barrio. Aunque ni una sola persona salió a ver. Nunca nadie lo hacía.

Tamara lo ignoró todo, solo concentrada en su carrera. Apretó el paso hasta que ya no escuchó nada más que el redoble de su respiración y su corazón.

Se detuvo cuando ya casi no podía respirar. El bolso de la *laptop* la forzó a inclinarse hacia adelante y la mochila resbaló de su hombro. El golpe sordo contra el suelo hizo que se despabilara y mirara alrededor.

Frunció el ceño, no sabía dónde se encontraba. La calle estaba vacía y oscura. Giró en redondo, no había nada ni nadie por allí. Levantó la mochila y la apretó contra el pecho.

Observó la cuadra en la que se encontraba. Las pocas casas que había entre los locales vacíos no mostraban ninguna luz tras sus cristales rotos.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? —murmuraba mientras no dejaba de dar

vueltas sobre sí misma. Dio un respingo—. Ya sé.

Estaba en la parte abandonada del barrio, donde ya no vivía nadie y solo unos negocios destartados seguían aguantando. Las vías del tren no estaban muy lejos de allí y su casa tampoco. En realidad, no se había desviado tanto como había creído.

—Me pasé —susurró y contuvo un escalofrío—, solo me pasé unas cuadras.

Comenzó a caminar nuevamente, con andar agitado. Pasaron cuatro cuadras antes de que empezaran a aparecer luces otra vez. Pero no había gente, nunca había gente en las calles después del anochecer.

Se detuvo durante un instante cuando vio la iluminación de un gran edificio, luego apresuró el paso. Casi iba a la carrera cuando atravesó las enormes puertas. Entonces se paró otra vez y dejó salir un trémulo suspiro; ya estaba a buen resguardo, aunque seguía sola. No tenía más que su mochila y el bolso con la *laptop*. Eso era todo con lo que había logrado irse.

—Este no era el plan. —Dejó salir otro suspiro, esta vez resignado, y sacó el celular del bolsillo; la pantalla estaba rajada. Apretó los labios y marcó un número—. Hola, ¿hola? —Soltó un suspiro más—. Hubiera preferido no decirte esto en un mensaje, pero... me fui. No lo soportaba más. —Se llevó la mano libre a la cabeza y bajó el volumen de la voz—. Estuvo terrible y yo... Ya está hecho. No era así como lo había planeado, pero... está hecho. Te llamaré cuando consiga un lugar.

Cerró el teléfono y buscó alrededor. Retomó el paso cuando encontró una ventanilla. Un empleado semidormido y con expresión aburrida le informó que el último tren salía en diez minutos. Luego le recitó los nombres de algunas de las ciudades por las cuales pasaba. Ninguno de ellos le generó una reacción a Tamara. Vaciló.

El vendedor alzó las cejas y ella cerró los ojos.

«En realidad, no hay mucho que pensar, cualquier lugar menos aquí».

—Uno de ida —dijo en voz alta.

—¿Hasta dónde?

Tamara sonrió con tristeza.

—Hasta el final.

«Ya me bajaré donde me parezca mejor».

Ya disponible en [Amazon](#) en *ebook* y tapa blanda.